

**KEN
FOLLETT**

**EL MISTERIO DEL PLANETA
DE LOS GUSANOS**

Lectulandia

Fritz y Helen esperan pasar unas vacaciones tranquilas con su primo Tubs en la granja de su tío. Sin embargo, sus sueños más salvajes se harán realidad cuando, en lugar de ir al campo, ¡acaben en el espacio exterior!

Los chicos han sido elegidos para resolver una disputa entre poderosas facciones que rivalizan por controlar el misterioso Planeta de los Gusanos. Mientras el destino del Sistema Solar cuelga de un hilo, deberán descubrir cuál es el secreto de los siniestros extraterrestres y hacer todo lo que esté en sus manos para lograr la victoria y la paz interestelar.

Lectulandia

Ken Follett

El misterio del planeta de los gusanos

ePub r1.0

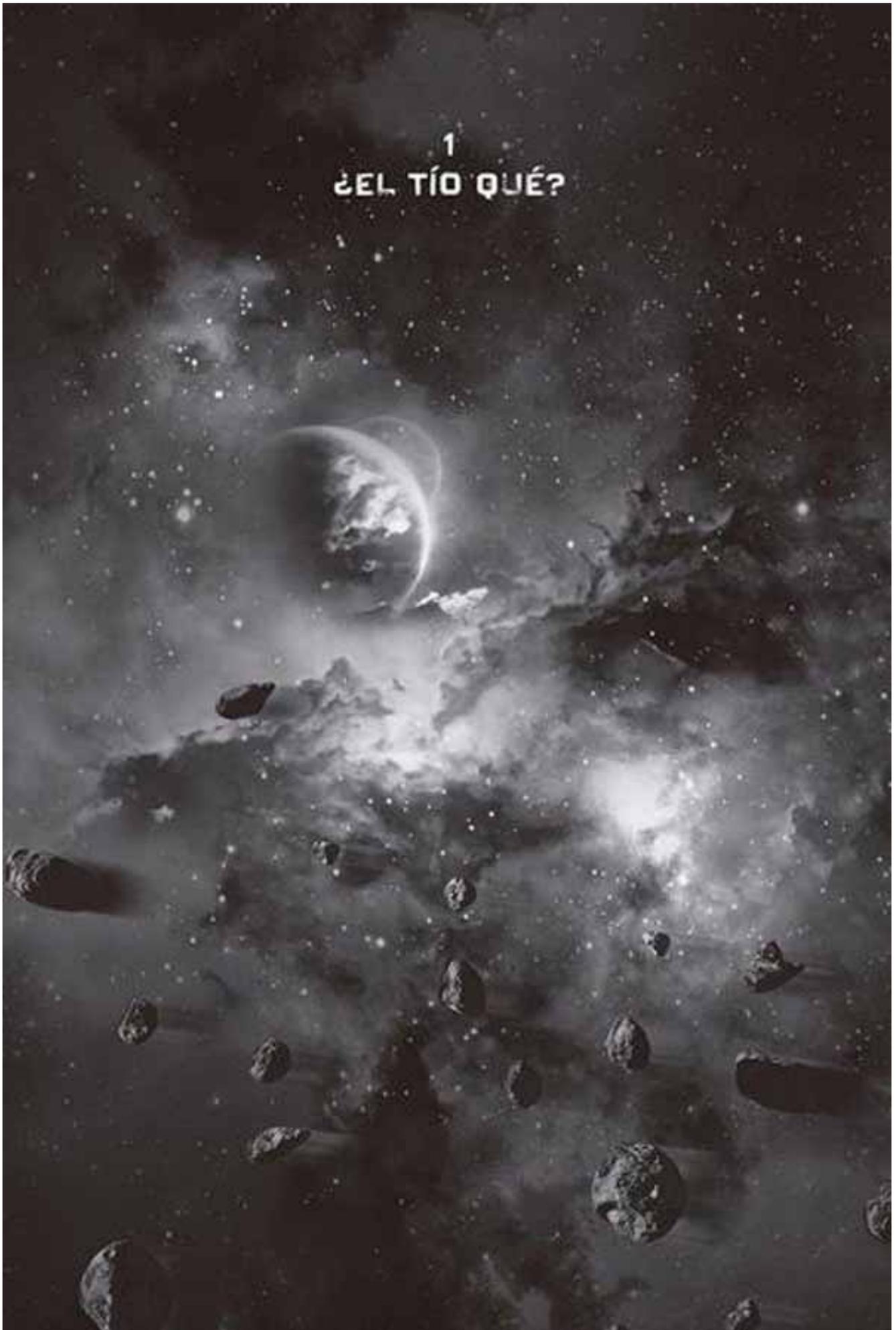
Maki 25.09.14

Título original: *The Power Twins*
Ken Follett, 1976
Traducción: Manuel de los Reyes García
Diseño de cubierta: Davide Nadalin

Editor digital: Maki
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

1
¿EL TÍO QUÉ?



—Ignoraba que ese tal Grigorian fuera tío nuestro —dijo Crespo Price.

—El nombre parece de chiste —observó Helen, su hermana—. ¿No te estarás confundiendo, Panza?

—No me llames así —protestó el aludido.

Los mellizos se habían sentado en el murete de ladrillo que había delante de la fachada de Vista Soleada, la pensión que regentaba la señora Price. El edificio, pese a su nombre, en realidad no ofrecía ninguna vista al margen de la hilera de casas de huéspedes idénticas a Vista Soleada que había en la acera de enfrente. Soleada sí que lo era, no obstante, sobre todo a finales de julio.

Acababan de almorzar y, mientras decidían en qué emplear la tarde del sábado que tenían por delante, se dedicaban a observar a los recién llegados que desfilaban ante ellos con sus vehículos cargados hasta la boca de maletas, sillas plegables, termos, cubos y palas para la arena.

Lo cierto era que Helen y Crespo llevaban ya un buen rato devanándose los sesos para encontrar la manera de dar esquinazo a Panza y no volver a verlo en todo el día. Era su primo, tres años menor que ellos y, como Crespo no dejaba de recordarle, un pequeño y gordo grano en el culo. Siempre que iban a pasar las vacaciones de verano a Vista Soleada pasaba lo mismo. Al principio los mellizos se desvivían por ser agradables con él: lo llevaban a nadar a última hora de la tarde, cuando las playas no estaban atestadas de gente; lo incluían en sus partidos de críquet cuando brillaba el sol y en sus partidas de Monopoly cuando llovía; y le habían enseñado su guarida secreta, entre las zarzas del camino del acantilado, desde donde se podía espiar a los conejos.

Luego, transcurridos unos días, empezaban a hartarse de su infantilismo y procuraban darle la espalda. Lo único que conseguían así era que les exigiera con gritos estridentes que lo incluyeran en todo, y los mellizos siempre terminaban intentando escapar de él.

En eso estaban cuando salió de la casa —después de ser el último en acabarse el plato, como de costumbre— y anunció la visita del tío Grigorian. Como la mayoría de las conversaciones que mantenían con Panza, también ésa desembocó rápidamente en una discusión sobre su nombre.

—Me llamo Jonathan —añadió Panza.

—Y el verdadero nombre de Crespo es Richard —dijo Helen—, pero no se queja.

Crespo lucía un mechón tieso en el flequillo que no había forma de dominar. No le gustaba su mote, pero tenía la edad necesaria para saber que cuando uno ponía la voz en grito por algo así, la gente se empecinaba todavía más.

Hubo un tiempo en que se pasaba horas ante el espejo, empeñado en aplastarse el cabello rebelde con ayuda del cepillo, agua y gel; todo en vano. Luego se dejó el pelo bastante largo a los lados, y con el flequillo de punta guardaba incluso cierto parecido

con Rod Stewart, así que ya no le disgustaba tanto.

—Además —dijo Crespo—, mi pelo no tiene remedio, pero tú podrías adelgazar.

—Bueno —dijo Panza—, pero es que ahora tengo otro apodo.

—¿Cuál?

—¡El Jinete Enmascarado! —Dicho lo cual, Panza desenfundó una pistola imaginaria de una no menos imaginaria cartuchera, disparó a sus primos y regresó a la casa galopando a lomos de un imaginario corcel.

—Jopé, y otras cinco semanas igual —se lamentó Crespo.

—Venga, a ver qué podemos averiguar acerca de ese tío —sugirió Helen.

Bajaron del muro de un salto y cruzaron el jardín principal, que en realidad no era tal, sino un aparcamiento para los huéspedes. La casa estaba llena a rebosar de turistas que iban de aquí para allá cargados de maletas, buscando los aseos, la sala del televisor o el comedor. Encontraron a su madre en la planta de arriba, haciendo una cama.

El suéter y los pantalones de nailon que llevaba puestos le conferían un aspecto anodino, pero cuando se arreglaba y se maquillaba estaba muy guapa. Siempre andaba diciendo que tenía veintiún años, algo que a Crespo le parecía una mentira ridícula, ya que saltaba a la vista que debía de tener por lo menos cuarenta o cincuenta.

—Ayúdame a hacer el otro lado de la cama, Helen —dijo en cuanto aparecieron—. Janice está abajo y la señora Williams tenía que elegir el sábado para salir a dar un paseo. —Janice y la señora Williams eran las empleadas de la pensión, sin contar a Frank Cheesewright, que hacía las veces de hombre para todo y, a veces, en invierno, acompañaba a la señora Price a ver alguna película.

Helen empezó a remeter las sábanas mientras Crespo, dispuesto a hacer algo útil, se dedicaba a vaciar el contenido de una papelera en otra.

—¿Es verdad que tenemos un tío que se llama Grigorian y que va a venir de visita? —preguntó Helen.

—Sí, es verdad, y espero de corazón que no tenga intención de pasar aquí la noche, porque ya se ha presentado una familia con dos niños más de lo previsto y todavía no sé dónde voy a meterlos.

—¿Cómo es que nunca nos habías hablado de él? —inquirió Crespo—. ¿Dónde vive? ¿Qué lo trae por aquí?

La señora Price ahuecó las almohadas y comenzó a arreglar la segunda cama.

—Vive en una granja, en Gales, y de lo que lo trae por aquí no tengo ni idea. Dice que quiere vernos.

—Pero ¿por qué no nos habías hablado nunca de él? —insistió Crespo.

Una jovencita muy atractiva, tan solo unos pocos años mayor que Helen, apareció con una taza de té en la mano.

—Ay, Janice, que Dios te bendiga. Justo lo que necesitaba —dijo la señora Price, que se sentó en el filo de la cama y removió el té mientras los mellizos aguardaban pacientemente a que les contara algo más acerca de su misterioso pariente—. Solo lo hemos visto una vez —comenzó—. En el entierro de vuestro padre. No os acordaréis...

Imprimió a su voz el tono serio y sucinto que adoptaba siempre que mencionaba al padre de los mellizos. Éste había fallecido en un accidente de tráfico cuando ellos eran muy pequeños; la señora Price había comprado la pensión con el dinero de la póliza del seguro de vida.

—Vuestro padre nunca supo muy bien cuántos hermanos tenía —continuó su madre—. Ya sabéis que su familia se separó en Polonia durante la guerra. Papá era más o menos un huérfano cuando desembarcó aquí, y nunca tuvo noticias de su familia. Fuera como fuese, a su muerte, el tío Grigorian vio la esquila en el periódico y acudió al funeral. Vivía en Alemania por aquel entonces, pero dio la casualidad de que había venido a Inglaterra en viaje de negocios.

»Se mostró muy amable conmigo. Se ofreció a ayudarme económicamente, pero no lo necesitaba. No lo vi más después del entierro. Ahora, al parecer, reside en Gran Bretaña y quiere volver a vernos a todos. Ni siquiera recuerdo muy bien qué aspecto tenía.

La explicación, como le diría Crespo a Helen más tarde, no hacía sino aumentar el aura de misterio que envolvía al tío Grigorian.

Tenía unos pulgares muy raros. Helen fue la primera en fijarse. No se extendían desde el lateral de la mano, sino desde un punto próximo al centro de la base. Cuando Panza se dio cuenta, después de que Helen le llamara la atención sobre esa peculiaridad, declaró que el tío Grigorian era un habitante del espacio exterior y procedió a disparar a Crespo con una imaginaria pistola de rayos.

A pesar de todo, y pulgares al margen, era tal y como se esperaba que fueran los tíos. Tenía barba, bigote y unos ojillos brillantes, vestía traje con chaleco y era bastante bajito.

Lo que más le interesaba a Crespo era su coche, un Triumph de color rojo. El muchacho dijo que tenía el motor de inyección y que iba como una bala.

—Frank Cheesewright dice que todos los coches son iguales —sentenció Helen—, que todos arrancan cuando enciendes el motor y se paran cuando lo apagas.

—Eso lo dice porque solo tiene un Ford de segunda mano y sabe menos de coches que tú —replicó Crespo. Los mellizos reñían bastante a menudo y, aunque jamás lo reconocerían en público, cuando mejor se llevaban era cuando Panza andaba cerca para sufrir la ira combinada de ambos.

Esa discusión en particular terminó antes de empezar gracias a Janice, que los

llamó para avisarlos de que el té ya estaba listo. La familia tomaba el té temprano en Vista Soleada, a fin de acabar antes de la hora de cenar de los huéspedes, a las seis y media. Ese día había jamón y ensalada en honor al tío Grigorian, que engullía las patatas nuevas por docenas.

El tío les habló de su granja mientras tomaba el té y devoraba un montón de pan con mantequilla y miel.

—Se trata más bien de media montaña, en realidad —dijo con una sonrisa—. Tengo varios cientos de ovejas, cuyo principal cometido es evitar que crezca la hierba. También tengo unos cuantos cochinos, los cuales no suelen darme problemas a menos que se escapen. Se vuelven escurridizos como anguilas cuando uno intenta atraparlos.

A Helen se le escapó una risita al imaginarse al tío Grigorian, tan bajito y rechoncho, correteando por un corral en plena persecución de un cerdo fugitivo.

El tío Grigorian se subió las mangas de la camisa al terminar el té, se puso un delantal con estampado de flores e insistió en lavar los platos. Los niños, que estaban ayudando a recoger la mesa, oyeron como le decía a la señora Price:

—Para esta noche tengo una habitación en el Grand, en el paseo marítimo.

—Lamento no poder ofrecerte que duermas aquí —replicó ella—, pero estamos completos...

—Pues claro, es lo más normal en esta época del año.

—Más que completos, de hecho. Esta semana me vendría de perlas disponer de una habitación más. Todavía no sé dónde voy a meter a un par de huéspedes que se han presentado inesperadamente.

—¿De verdad? —El tío Grigorian parecía encontrar esa revelación de lo más interesante—. Lo cierto es que eso podría encajar con mis planes... Siempre y cuando a ti te parezca bien, claro está.

La señora Price, que había empezado a usar un cucharón para servir fruta en almíbar en unos platitos para el postre, dejó lo que estaba haciendo y se quedó mirándolo.

—Me preguntaba si a los mellizos les apetecería venir a pasar unos días conmigo. Me gustaría verlos más a menudo..., conocerlos mejor..., ahora que me he mudado a Gran Bretaña. Te despreocuparías de ellos mientras dura todo este ajeteo y, ni que decir tiene, así dispondrías del dormitorio extra que necesitas.

La señora Price adoptó una expresión dubitativa.

—Me temo que no pueden abandonar a Jonathan. Está aquí de vacaciones, y sería descortés por su parte marcharse y dejar solo a su primo.

—Panza también puede venir —dijo el tío Grigorian—. Ni se me pasaría por la cabeza dejarlo tirado.

—Debería consultarlo con mi hermana.

—¿No tiene teléfono?

—Sí. La llamaré.

Cuando se fue para hacer la llamada, el tío Grigorian se volvió hacia los niños. Tenía un ligerísimo acento extranjero que se intensificaba cuando hablaba con ellos.

—¿Qué os parece la idea? —preguntó—. Si creéis que no vais a pasároslo bien, decídmelo. Al fin y al cabo, solo es una granja. Pero podríais ayudar a recoger las ovejas, y os dejaría montar en los tractores y pasear por los campos. Y si os sentís con fuerzas, podríamos ir de excursión a las montañas.

»Podéis quedaros todo el tiempo que queráis. Y en cuanto empecéis a aburrirlos, yo mismo os traeré de vuelta aquí en coche.

—¡Me parece genial! —exclamó Helen, a la que le entusiasmaban los animales.

—Y a mí —dijo Crespo, que estaría dispuesto a recorrer mil kilómetros a pie con tal de conducir un tractor.

—A mí también —terció Panza, quien no quería que lo dejaran fuera de ningún plan.

La señora Price regresó a la cocina.

—A la madre de Jonathan le parece estupendo —anunció—. ¿Tienes teléfono, Grigorian?

—Por supuesto. Me aseguraré de que los niños te llamen todas las noches.

—Oh, eso no será necesario, siempre y cuando podamos estar en contacto. ¿Cuándo querrías marcharte?

—Bueno, necesitas esa habitación libre esta noche, ¿no es cierto?

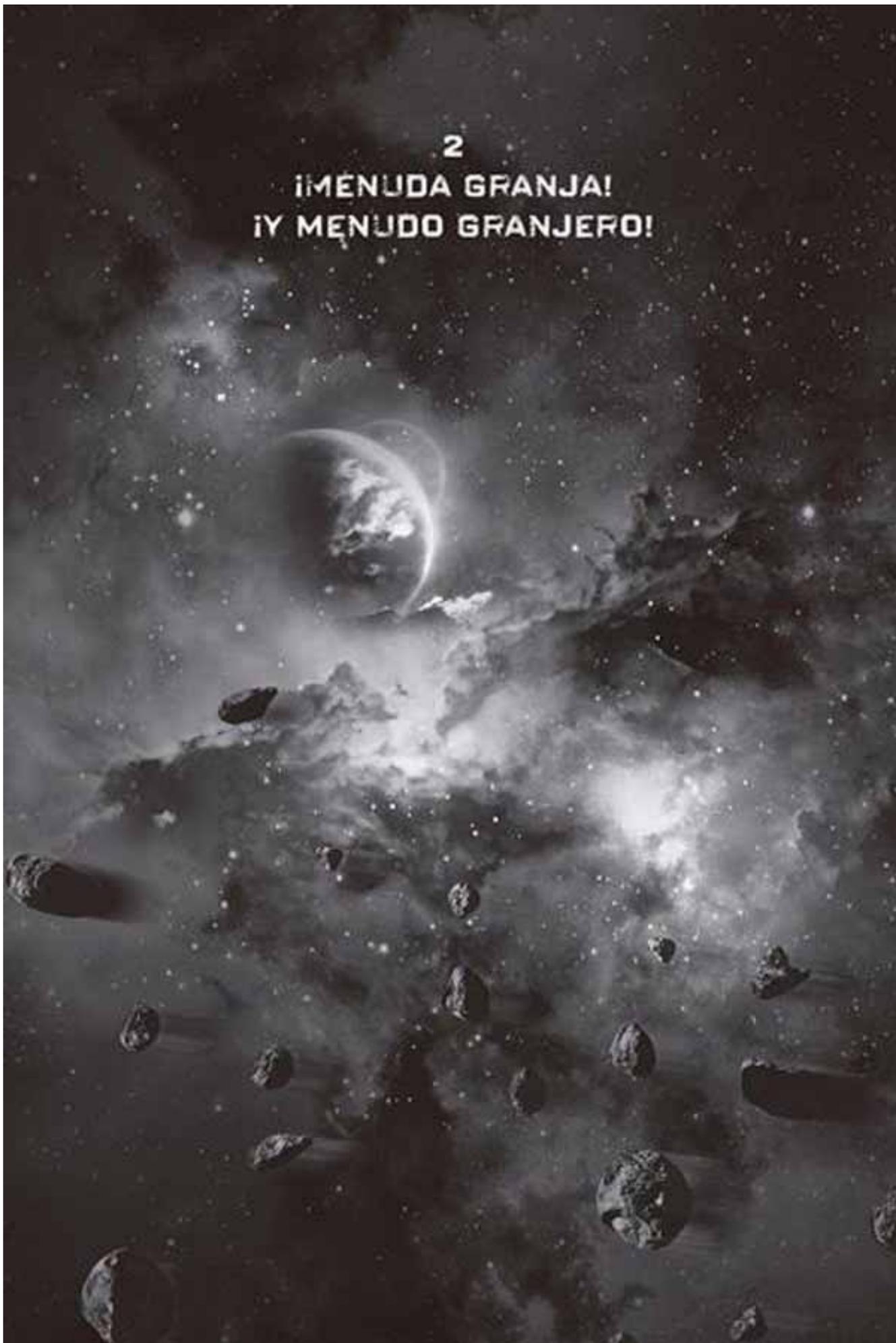
—Sí, pero si has reservado en el Grand...

—No te preocupes por eso. De todos modos, no me hacía gracia ese sitio. Si no tardan mucho en preparar las maletas, podremos estar allí para las diez.

Y así de fácil comenzó su extraordinaria aventura.

2

**¡MENUDA GRANJA!
¡Y MENUDO GRANJERO!**



Los balidos de las ovejas despertaron a Crespo, que paseó la mirada por las paredes blancas, la ventana diminuta y la inmensa cama doble en la que se encontraba. Los recuerdos del día anterior acudieron en tropel a su mente.

En la maleta, hecha en un tiempo récord, había echado un par de vaqueros, un anorak y un par de botas de goma por si llovía, además de dos jerséis y algo de muda.

El viaje en el Triumph había sido memorable. El tío Grigorian parecía desconocer lo que era un límite de velocidad, y la aguja del cuentakilómetros había llegado a marcar 130 en la autopista.

Una vez en la granja, tras disfrutar de una bebida caliente y una montaña de galletas de chocolate, todo el mundo se fue a la cama. Lo último que pensó Crespo antes de quedarse dormido fue que, si todos los tíos eran así con los límites de velocidad y las galletas de chocolate, ojalá hubiera más como ellos.

Se levantó de la cama de un salto y se acercó a la diminuta ventana. En el dormitorio hacía frío, pero fuera volvía a lucir el sol. La enorme granja estaba ubicada en una pendiente, mirando ladera abajo, y la habitación de Crespo quedaba en la parte de atrás, de modo que, aunque había que bajar las escaleras para salir por la puerta principal de la casa, el patio de atrás estaba al ras del suelo del dormitorio.

Unos antiguos edificios de piedra, bastante decrepitos, rodeaban el patio. Tras ellos, el agreste pastizal se elevaba siguiendo la empinada pendiente hasta la cima de una pequeña montaña... o una colina grande, según se mirara.

Crespo se dirigió al lavabo que había en la esquina y se salpicó la cara con agua, lo justo para poder afirmar sin faltar a la verdad que se había aseado en caso de que alguien se interesara al respecto, aunque tenía el presentimiento de que el tío Grigorian no era de los que preguntaban ese tipo de cosas.

Bajó las escaleras para encontrar a todo el mundo levantado y atacando un desayuno servido por una gruesa y hacendosa señora que respondía al nombre de Rhys.

—La señora Rhys —les explicó el tío Grigorian— cuida de la casa y su marido lleva la granja.

—Entonces ¿tú a qué te dedicas? —preguntó Panza, que siempre sorprendía con salidas por el estilo.

El tío Grigorian se echó a reír.

—Pienso consagrar el resto del día a hablaros de eso —dijo—. Y ahora, a comer.

Estaba claro, decidió Crespo, que la gente del campo se pasaba todo el rato comiendo. La señora Rhys le llevó una bandeja enorme, repleta de beicon, salchichas, dos huevos fritos, judías, tomates, champiñones y curruscos de pan.

El tío Grigorian encendió una pipa de generosas dimensiones mientras los demás acababan de desayunar.

—Hoy va a ser un día de muchas sorpresas —dijo—. Pero antes debo cumplir

unas cuantas promesas. Clases de conducción para Crespo y Panza, y un vistazo a los corderos para Helen.

Así, Helen partió montaña arriba en compañía del señor Rhys, un galés alto con gorra y botas de goma, mientras que Crespo y Panza salieron al patio.

El tío Grigorian abrió de par en par la puerta de uno de los graneros para dejar a la vista un tractor con la pintura roja cubierta de barro. Colocó a Crespo en el asiento, le enseñó a meter la primera y puso en marcha el vehículo.

—¡Adelante! —exclamó, imponiendo su voz al rugido del motor.

Crespo empujó la palanca de cambios hacia delante y el tractor salió lentamente del granero, traqueteando. En un abrir y cerrar de ojos el muchacho se vio avanzando de frente hacia un muro de piedra. Giró el volante de golpe —estaba mucho más duro de lo que se esperaba— y dio una vuelta alrededor del patio.

El tío Grigorian abrió la puerta de la cerca y señaló al otro lado. Tras maniobrar entre los postes, Crespo salió al camino que se extendía desde el acceso, con los demás corriendo tras él.

Al cabo de un rato, el tío Grigorian le indicó por señas que frenara, y el muchacho tiró de la palanca hacia atrás.

—Ahora le toca a Panza —dijo el tío Grigorian—. Ya le doy yo la vuelta. —Se encaramó al asiento metálico y cambió de sentido con tres maniobras. Parecía estar pasándoselo tan bien como Crespo.

Panza se sentó al volante y recibió el mismo conjunto de instrucciones. Con una sonrisa de oreja a oreja, empezó a recorrer el camino de regreso a la granja.

—Supongo que puede ir más deprisa —dijo Crespo mientras trotaban detrás del vehículo.

—Sí. Os enseñaré a acelerar otro día —resopló el tío Grigorian.

Panza se inclinó por encima del volante para llegar a otra palanca.

—¡No! ¡No toques eso! —exclamó el tío Grigorian.

Panza tiró de ella. De repente, el tractor salió disparado hacia delante. Panza volvió a sentarse de golpe, a punto de caerse de la máquina, que ya se había salido del camino y subía sin control por la ladera. El tío Grigorian apretó el paso, dio alcance al tractor y se encaramó a la parte de atrás de un salto. Se estiró para sortear a Panza y empujó la palanca. El tractor aminoró y entró en la granja.

—Como para fiarse de ti —jadeó Crespo, sin aliento, mientras Panza desmontaba. El tío Grigorian se rió.

—No os he enseñado el freno porque tampoco os he enseñado el embrague —dijo—. Tendría que haberme imaginado que lo encontraríais por vuestra cuenta.

—No te imaginas cómo es este chico —dijo Crespo.

—Ah —repuso el tío Grigorian—. Sé más de lo que creéis.

Crespo se disponía a preguntar qué había querido decir con eso, pero en ese

momento apareció Helen.

—Son una monada —dijo—, tan esponjosas y juguetonas...

El tío Grigorian dio una palmada.

—Bueno. Y ahora, me gustaría mostraros algo. Por aquí.

Los condujo al otro lado del patio, hasta uno de los edificios de piedra que no se veía tan decrepito como los demás; carecía de ventanas y la puerta parecía robusta. La abrió con una llave, los dejó pasar, encendió la luz y cerró la puerta.

El interior parecía un despacho moderno. El suelo estaba enmoquetado de gris, las paredes estaban pintadas de blanco, había tres sillones, un escritorio, una silla giratoria, un archivador y una máquina de escribir.

—¿Qué tiene de especial esta oficina? —preguntó Panza, con su característica falta de sutileza.

—Ya lo veréis —dijo el tío Grigorian.

Crespo se preguntó por qué le daba tanta importancia a ese sitio.

—¿Es aquí donde trabajas?

—Por así decirlo, sí —respondió el tío Grigorian, que parecía empeñado en seguir haciéndose el misterioso.

Helen, que examinaba la puerta, murmuró:

—Qué raro.

Crespo se acercó a ella.

—¿El qué?

—Mira, en el resquicio de la puerta no cabe ni una uña. Debe de estar muy encajada. ¿Cómo entrará el aire?

Crespo echó un vistazo más de cerca. Tocó la puerta. Su dedo se detuvo a un milímetro de la madera. Era como si una fina capa de plástico transparente recubriera la puerta. Deslizó un dedo por encima, hasta la pared.

—¡Es como un sello, por toda la habitación! —exclamó.

—Correcto —dijo el tío Grigorian—. Y ahora dejad que os enseñe para qué sirve.

Abrió el archivador. Pero en vez de tirar de uno de los cajones, apartó a un lado toda la parte frontal para revelar un conjunto de botones y ruedas. Toqueteó los mandos y después cerró la puerta.

—¿Notáis algo?

Helen miró a su alrededor.

—Las paredes se han vuelto mucho más oscuras —dijo.

—Esperad un momento. —El tío Grigorian se acercó al interruptor de la luz—. Sentaos aquí los tres si no queréis chocar unos con otros en la oscuridad. —Cuando hubieron obedecido, apagó la luz—. ¡Mirad arriba!

Al hacerlo, vieron las estrellas; millones de ellas, muchas más que de costumbre, y más brillantes. Pero había algo más en el firmamento: un planeta enorme, de color

azul, envuelto en jirones de nubes. Una delgada curva del mismo se encontraba en sombra.

—¡Estamos en la Luna! —exclamó Panza, emocionado.

—No digas tonterías —lo reconvino Crespo—. Se trata de una proyección. Es la Tierra vista desde el espacio. Está asombrosamente bien conseguida.

—Es precioso —susurró Helen.

De repente, Crespo se fijó en algo.

—Las paredes.

—Se han vuelto oscuras —dijo Panza.

—No las miréis a ellas, sino al otro lado.

Los tres niños aguzaron la vista y descubrieron un paisaje gris e irregular, parecido a un desierto iluminado por la luna, con colinas en la distancia.

—Lo que yo os decía —insistió Panza—, estamos en la Luna.

El tío Grigorian encendió la luz, y las paredes se volvieron opacas de nuevo. También las estrellas desaparecieron, pero todavía se podía ver la Tierra en el techo.

—¿Qué os parece?

—Es muy ingenioso —dijo Crespo, con el entrecejo fruncido.

—¿Te preguntas cómo es posible?

—Pues sí. Con el tejado y tres de las paredes es fácil. Lo único que hace falta es un proyector detrás de esta sustancia de plástico transparente. Pero al otro lado de la pared de delante, donde está la puerta, solo está el patio.

—Es mucho más simple que eso —dijo el tío Grigorian—. Estamos en la Luna.

Crespo soltó una risita nerviosa. Ésa era la clase de broma que uno podría esperarse de Panza.

—No esperarás que nos lo creamos, ¿verdad?

—No hasta que os lo demuestre —respondió con toda seriedad el tío Grigorian.

—Salgamos a dar un paseo —dijo Panza—, así lo comprobaremos.

—No podemos, evidentemente —repuso Crespo—. No podríamos abrir la puerta ni aunque supiéramos dónde está.

—De acuerdo. —El tío Grigorian abrió de nuevo el archivador, realizó algunos ajustes y, de improviso, las paredes y la puerta del edificio de piedra reaparecieron—. Vayamos a otra parte.

Esa vez las paredes y el techo permanecieron en su sitio, pero junto a la puerta se materializó una ventana. Crespo se asomó a ella.

—¡Eso es Trafalgar Square!

El tío Grigorian sonreía de nuevo.

—Las paredes son muy gruesas —dijo Crespo—. A lo mejor hay un proyector oculto en la piedra.

—Pero aquí fuera sí que podéis salir —replicó el tío Grigorian.

Crespo se quedó mirándolo.

—¡Vamos!

—De acuerdo —dijo el muchacho. Merecería la pena con tal de poner fin a esa broma, que ya se estaba alargando en exceso.

Abrió la puerta, salió y se encontró sobre el pavimento de Trafalgar Square.

Se quedó clavado en el sitio, boquiabierto de asombro. Estaba convencido de que aquello tenía que ser la granja. El corazón martilleaba en su pecho mientras contemplaba, anonadado, la columna de Nelson que se erguía majestuosa ante él.

Un hombre con un bombín en la cabeza tropezó con él. Crespo se disculpó y se esforzó por recuperar la compostura. Miró con atención a su alrededor. Al otro lado de la columna de Nelson se divisaba la inconfundible fachada de la Galería Nacional, justo donde cabría esperar que estuviera. El clamor del tráfico atronaba en sus oídos, y el característico olor rancio del aire de Londres le hizo arrugar la nariz. Dio un paso al frente, dubitativo, como si quisiera comprobar la solidez de la acera. No sucedió nada, aparte del hecho de que había acortado la distancia que lo separaba del bordillo.

Giró en redondo para ver de dónde había salido. En vez de un edificio de piedra vio una puerta de aspecto anodino, con una ventanita oscura al lado, encajonada entre el escaparate de una tienda y la entrada de un cine. No lucía ningún distintivo que indicara adónde llevaba, y a quien pasara por su lado le costaría reparar en su presencia.

En la esquina más próxima, junto a la estación de Charing Cross, un hombre vendía los periódicos de la tarde. Crespo se dirigió a él, le dio cinco peniques y cogió un diario. Se trataba de la edición que contenía los resultados de las carreras. Crespo consultó la fecha. Era de ese día.

Patidifuso, desanduvo el camino hasta la puerta, la empujó para abrirla y entró en la oficina. Le dio el periódico a Helen y se sentó.

—Bueno —dijo, transcurridos unos instantes—, si puedes ir a Londres, supongo que también podrías ir a la Luna.

3
EL PODER



—En realidad —dijo el tío Grigorian—, viajar a la Luna es más fácil que ir a Londres. Supongo que esto es lo que se llama una nave espacial. Se compone de esta pared de plástico transparente —dijo abarcando toda la estancia con un ademán— y de la unidad de impulsión. —Dio una palmadita en el archivador—. Desplazarse es tarea sencilla: solo tengo que pulsar un botón y ya estoy allí. Pero debo anunciar exactamente adónde quiero llegar.

»Eso es lo más complicado. En la Luna no se nota tanto porque no hay que preocuparse de chocar contra nada, pero para maniobrar por aquí, en Trafalgar Square, se requieren coordenadas espaciotemporales precisas.

—Ya veo —dijo Crespo—. Me imagino que primero buscaste esta cámara, la alquilaste, la revestiste...

—Correcto. Debía poseer aproximadamente el mismo tamaño que la nave, por si entrara alguien en mi ausencia. Un simple hueco de cinco centímetros entre la pared de la nave y la de la habitación, por ejemplo, bastaría para delatarme.

—Habrás tenido que recalcular las coordenadas en cada ocasión, puesto que la Tierra siempre está en movimiento.

—Tampoco es tan grave. Después de la primera vez, el ordenador de aquí dentro —volvió a dar una palmadita en el archivador— se encarga de ajustar las coordenadas continuamente.

Crespo estaba fascinado.

—Así que solo hay que buscar una habitación del tamaño aproximado de la nave, calcular su posición e introducir los valores pertinentes. Después se podrá viajar allí cuando uno quiera. ¿Es instantáneo?

—Prácticamente sí, al menos en la Tierra. Atravesar el espacio lleva más tiempo y se nota.

—¿Tienes habitaciones en más sitios —preguntó Helen—, aparte de en Gales y en Londres?

—Sí. —El tío Grigorian giró una de las ruedas—. Volved a asomarnos al exterior.

Helen vio que habían ascendido a gran altura. La ventana se había vuelto mucho más grande. La ciudad en la que se encontraban era un bosque de rascacielos.

—Nueva York —dijo, recordando las fotos de los libros de geografía.

—Chicago, más bien —la corrigió el tío Grigorian, antes de pulsar otro botón.

Vieron Tokio, Caracas, Viena, Leningrado y Hong Kong en espacio de escasos minutos. El tamaño de la ventana era diferente en cada ciudad, y el despacho se encontraba a distinta altura. A veces la puerta daba directamente a la acera, y a veces estaba en la pared opuesta y comunicaba con un pasillo y un ascensor o una escalera.

Al cabo, los niños le pidieron que parara.

—Me siento como si hubiera comido demasiado helado o algo —dijo Helen.

—¿Cómo diablos funciona? —preguntó Crespo—. Quiero decir, ¿qué impulsa el

motor?

—No tengo ni idea —respondió el tío Grigorian—. No soy físico.

—Entonces... —Crespo tragó saliva con dificultad y reformuló la pregunta—. Tío Grigorian, ¿qué eres?

El tío Grigorian insistió en regresar a Gales y comer algo antes de contestar. Al entrar en la cocina de la granja se encontraron con la mesa puesta, repleta de lonchas de rosbif frío, dos enormes trozos de queso y un par de hogazas de pan recién hecho. Sorprendidos al ver que eran más de las dos, todos se llenaron los platos y se sentaron a almorzar.

—Bueno —dijo el tío Grigorian—, os dije que iba a ser un día de muchas sorpresas, de modo que he aquí la segunda. No soy vuestro tío.

Todos dejaron de comer y se quedaron mirándolo fijamente.

—Necesitaba una familia a la que vincularme, por así decirlo —continuó—, y la vuestra era perfecta. Es una de las pocas familias en las que alguien puede presentarse sin avisar y afirmar que pertenece a ella sin que nadie pueda estar seguro de que miente. Veamos, aparecí salido de la nada hace diez años, como probablemente ya os habrá contado vuestra madre. Me proponía visitaros mucho más a menudo, pero poco después de aquello la naturaleza de mi trabajo se vio alterada y tuve que abandonar el proyecto.

—¿En qué trabajas? —preguntó Helen.

—Llegaremos a esa parte tarde o temprano. Por ahora, podéis considerarme un sociólogo.

—¿Qué ocurrió para que cambiaras de opinión? —insistió Helen—. Sobre lo de vincularte de nuevo a nuestra familia, quiero decir.

—Recibí una petición especial de mi gobierno. Necesitan vuestra ayuda.

A nadie le pareció que eso tuviera el menor sentido.

—Entonces... ¿de dónde eres? —preguntó Panza.

El tío Grigorian hizo una pausa antes de responder.

—Mi hogar se llama Klipst. Se halla a diecisiete años luz de distancia, cerca de una pequeña estrella que lleva el nombre de Marn. —Transcurrido un momento de silencio, esbozó una sonrisa—. Y ésa es la sorpresa número tres.

—¡Por eso tienes esos pulgares tan raros! —exclamó Helen, que se ruborizó nada más pronunciar las palabras.

—Panza estaba convencido de que provenías del espacio exterior —explicó Crespo.

—Panza tiene razón en más cosas de las que os imagináis —dijo el tío Grigorian—. Sin embargo, lo mejor será que os lo explique todo antes de que empecéis a preocuparos.

»Antes os he dicho que soy sociólogo, y en parte es verdad. Me dedico al estudio de las sociedades. Pero también trabajo para el gobierno..., supongo que vosotros lo llamaríais el imperio Galáctico..., en calidad de agente secreto, más o menos.

»Debo prestar atención a varios mundos que están a punto de descubrir el viaje espacial. La Tierra es uno de ellos.

—Sí, eso ya lo hemos descubierto —intervino Crespo.

—No, esto de los cohetes no cuenta. Si siguen por ese camino, vuestros científicos se encontrarán con que es un callejón sin salida. Pero no tardarán mucho en descubrir el hipersalto. Y, cuando lo hagan, el gobierno necesitará saber que hay un mundo nuevo listo para ser admitido en la comunidad interplanetaria.

—¿Y nosotros qué pintamos en todo eso? —preguntó Helen.

—Ha surgido una disputa en lo que nosotros llamamos el Sector Génico. Mi gobierno consiguió que los dos bandos accedieran a permitir que una tercera parte dirimiera el conflicto, pero no consiguieron dar con nadie lo suficientemente independiente. Al final, desesperados, decidieron implicar a alguien que viniera de un mundo ajeno al Imperio.

»También decidieron que los mediadores no debían ser adultos, pues parece ser que ningún adulto está libre por completo de prejuicios. Como los de este mundo, también nuestros políticos se las apañan siempre para urdir los planes más espectaculares y dejar que sean los demás quienes se enfrenten a los pormenores. Este problema aterrizó en la mesa de mi jefe, que a su vez me lo pasó a mí.

—¿Insinúas que nosotros, aquí sentados, vamos a tener que tomar una decisión relacionada con algún tipo de conflicto que ha estallado en el espacio exterior? —Crespo no se lo podía creer.

—No, aquí sentados no. Deberéis acompañarme a Palassan, la capital del Imperio Galáctico.

—¡Caracoles! —exclamó Crespo. No se le ocurría qué otra cosa decir.

—No es tan descabellado como parece —continuó el tío Grigorian—. Es un hecho constatado que los jóvenes poseen un sentido de la justicia más refinado que los adultos. —Sonrió—. Estaremos demasiado encallecidos por las injusticias de la vida, supongo, o algo por el estilo. Pero eso ahora no viene al caso. Se supone que vais a pasar dos semanas conmigo, y no nos llevará tanto tiempo. El teléfono de la granja nos localizará en cualquier punto de la Vía Láctea, así que podréis estar en contacto con vuestra madre. La cuestión es: ¿queréis hacerlo?

—¡Ya lo creo! —respondió Panza, mientras untaba de mantequilla otra rebanada de pan.

Crespo y Helen cruzaron las miradas.

—Creo que a los dos nos gustaría ayudar —dijo la muchacha—, pero no sabemos si estamos a la altura de la tarea.

—Dejad que yo me preocupe de eso —replicó el tío Grigorian—. He averiguado muchas cosas sobre vosotros en los últimos meses. Sé que sois inteligentes y ecuánimes. Además, contaréis con mi ayuda, aunque no podré entrar en detalles hasta estar seguro de que vais a venir.

Los mellizos se miraron de nuevo.

—Iremos —anunciaron al unísono.

—Cuéntanos cómo vas a ayudarnos —añadió Crespo.

—Os voy a dar el «poder» —explicó el tío Grigorian—. Se trata de una especie de arma mental. Necesitaréis someteros a un tratamiento especial, pero podréis hacerlo mientras dormís.

»Su descubrimiento es muy reciente, y es tremendamente cara, por lo que solo un puñado de personas en todo el imperio Galáctico la poseen. Yo no me cuento entre ellas, por cierto.

—¿Cómo funciona?

—Nunca se puede estar seguro con antelación. Lo que hará, básicamente, es dar un enorme empujón a las dotes intelectuales que ya poseéis. Si tenéis talento para los números, por ejemplo, os convertirá en unos matemáticos brillantes. Aunque por regla general se trata de algo menos específico. Tenemos nombres para los distintos tipos de resultados. Sin embargo, entraremos en detalles cuando hayáis superado el tratamiento.

—Me voy a convertir en un maestro del kung-fu asesino —dijo Panza, cortando el aire con el canto de la mano.

El tío Grigorian se carcajeó.

—Espero que no. Eso sería desastroso para todos nosotros.

—Todo esto es muy confuso —dijo Crespo.

—Sí, por supuesto que lo es. —El tío Grigorian se levantó de la mesa—. Podéis recibir el tratamiento esta misma noche y así emprenderemos el viaje por la mañana. Ahora, ¿qué tal otra clase de conducción?

Helen se despertó con la oreja dolorida. Al acercar la mano a ella encontró el extraño objeto, como el auricular de un teléfono, que el tío Grigorian había sujetado allí con cinta aislante la noche anterior.

Se sentó en la cama y miró a su alrededor. Los tres habían pasado la noche en la nave espacial. Todos los auriculares estaban conectados a una cajita, como una pequeña radio de transistores. Crespo y Panza se despertaron en ese momento.

—Qué incómodos son estos sillones cama —protestó Panza, bostezando.

El tío Grigorian llamó a la puerta con los nudillos y entró en la habitación. Helen todavía pensaba en él como su tío, aunque sabía que en realidad no guardaba ningún parentesco con ellos. Portaba una bandeja con tres vasos encima.

—Buenos días, superjovencitos —dijo con tono jovial—. Os vendrá bien tomaros esto.

Helen apuró de un trago la bebida caliente, dulce y ligeramente aromática. El tío Grigorian se sentó en el canto de la mesa. Parecía un poco nervioso.

—Vale —dijo—, a ver si esto ha dado resultado. Crespo, tú primero. ¿Notas algo distinto?

—Pues no, la verdad.

—Sí que lo nota —soltó Helen—. Lo que pasa es que quiere saber qué nos ha pasado a Panza y a mí antes de decir nada. —La muchacha se ruborizó ante su exabrupto.

—Ajá —dijo el tío Grigorian—. Y eso ¿cómo lo sabes?

—Bueno, pues porque al hablar ha levantado el brazo y se ha rascado la cabeza, y después ha torcido los labios, así, y...

—¡Vale, vale! —la interrumpió el tío Grigorian—. Muy bien, tú eres una Lectora. Puedes saber cómo se siente alguien tan solo con echarle un vistazo.

—¿Una lectora de mentes? —preguntó Panza con envidia.

—No. Lee el cuerpo, no la mente. ¿Sabéis?, existe toda una ciencia alrededor de la interpretación de los pequeños gestos que hace la gente: frotarse la nariz, atusarse la barba, el modo en que nos mantenemos erguidos, cómo metemos las manos en los bolsillos, cosas así. A Helen se le debía de dar bastante bien adivinar lo que pensaba la gente antes del tratamiento. Ahora lo sabe con toda seguridad.

—Pues sí. Veo, por ejemplo, que estás celoso —dijo la muchacha.

El tío Grigorian se carcajeó.

—Ahora tendrás que aprender a ser más tolerante, Helen. Pues claro que estoy celoso. ¿No te das cuenta de lo práctico que me resultaría a mí, como sociólogo, ser un Lector? En cualquier caso, volvamos a Crespo.

—De acuerdo —dijo el chico—. No es nada, en realidad, pero cuando me acosté no dejaba de preguntarme cómo podríamos llegar a Palassan. Después de todo, incluso si viajáramos a la velocidad de la luz, tardaríamos más de cien años.

—¿Y esta mañana?

—Bueno, ahora entiendo cómo podría funcionar. Es difícil de explicar...

—Inténtalo.

—Bien, veamos. Imaginaos un bichito muy plano. Es tan liso y tan simple que ni siquiera concibe los conceptos de arriba y abajo. Solo sabe ir a la derecha y a la izquierda, adelante y atrás. No se desplaza nunca ni hacia arriba ni hacia abajo, no puede ver siquiera arriba y abajo, de modo que piensa en dos dimensiones.

»Ahora bien, la superficie en la que vive es como una sábana. Esta puede estar extendida o doblada. Supongamos que está doblada. La criatura no lo averiguará nunca.

»El bichito deambula por la sábana durante toda su vida sin darse cuenta de que, como la sábana está doblada, podría atajar excavando túneles arriba o abajo a través de la tela.

»Pues bien, nosotros somos como esa criatura plana, solo que pensamos en tres dimensiones en vez de dos. Pero ¿y si el espacio se doblara en una cuarta dimensión? Entonces existirían atajos que podríamos tomar atravesando la superficie tridimensional. —Crespo hizo una pausa—. Ahora que lo he dicho en voz alta, ya no me parece que esté tan claro.

—Da igual —dijo el tío Grigorian—. Sabemos qué eres: un Sintetizador. Eso significa que eres capaz de ver un conjunto de hechos y combinarlos rápidamente. Podrías mirar un motor y comprender al instante cómo funciona, o una partida de ajedrez y comprender la estrategia de cada contrincante.

Crespo se quitó el auricular y lo depositó con delicadeza junto a la cajita negra.

—No es el poder que me esperaba. Debo decir que no me parece tan práctico.

—Pronto descubrirás lo útil que es. Y ahora, ¿qué hay de Panza?

Panza adoptó una expresión apesadumbrada.

—Acabo de pegarle un golpe de kárate a la silla —dijo—, y lo único que he conseguido es lastimarme la mano.

Los mellizos se echaron a reír.

—¿No te notas distinto de alguna manera?

—Pues no.

El tío Grigorian frunció el entrecejo.

—Qué raro. —Abrió uno de los cajones del escritorio y sacó algo. Era redondo, del tamaño de una pelota de tenis. Su superficie de pelo liso y lustroso recordaba ligeramente a la piel de una foca—. Toma —dijo, y se la lanzó a Panza.

El muchacho la atrapó al vuelo y acarició brevemente el pelaje. A continuación se puso la cosa en el hombro.

La pelota, que pareció acomodarse en la curva de su cuello, cambió sutilmente de forma.

—Se llama Pegote —anunció Panza.

—Lo que pensaba —dijo el tío Grigorian—. Eres un Inconformista. Siempre existe cierta afinidad entre ellos y los bolanes.

—¿Puedo verlo? —preguntó Helen. Cogió el bolán del hombro de Panza y lo examinó. La superficie velluda no presentaba fisuras—. Solo es una bola de pelo. —La muchacha se la tendió a Crespo.

—Creemos que se trata de un animal —dijo el tío Grigorian—. Proviene de un extraño planeta en los confines de la galaxia. Nadie sabe cómo viven... No tienen boca, por ejemplo, ni siquiera ojos..., pero están vivos. La gente los utiliza como mascotas. Parece que algunas personas les caen bien y otras no. Si no les gustas,

sencillamente se caen de tu hombro. Quienes poseen el poder de los Inconformistas establecen una especie de relación especial con los bolanes. Ya habéis visto que Panza inmediatamente ha sabido que debía colocarlo en su hombro y que su nombre era... ¿Cómo has dicho que se llamaba, Panza?

—Pegote.

—¿Cómo lo sabes?

—Ni idea. Así, sin más.

Crespo le devolvió el bolán a Panza, que se lo puso en el hombro, y preguntó:

—Entonces ¿qué tipo de poder tiene Panza?

—El más peculiar de todos —respondió el tío Grigorian—. Está relacionado con su curiosa costumbre de hacer y decir cosas inesperadas que a menudo resultan ser acertadas.

»Quizá no use su poder durante meses, pero cuando lo haga, os garantizo que se lo agradeceréis. Mientras tanto, tiene a Pegote.

El tío Grigorian recogió la bandeja y se dirigió a la puerta.

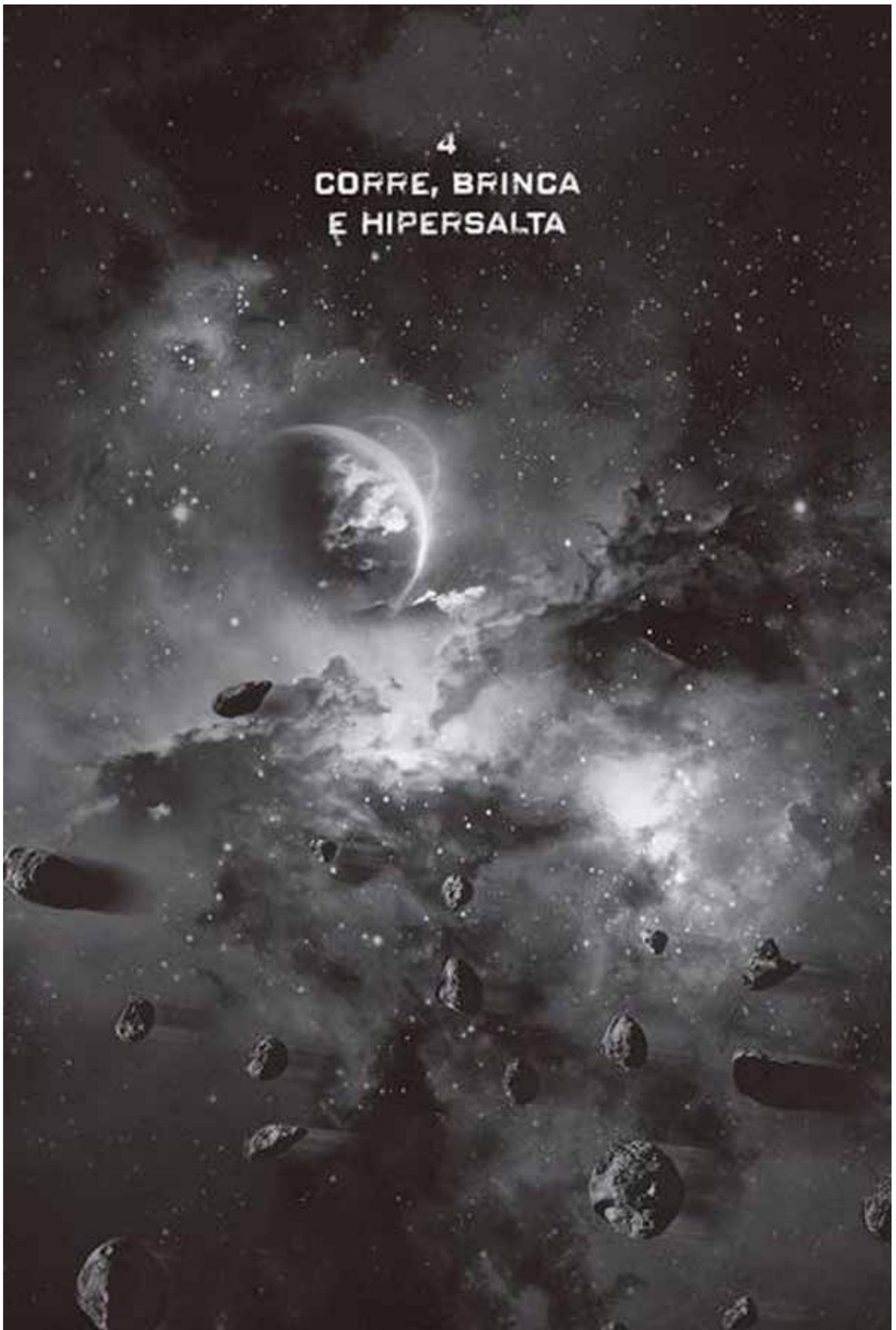
—Dejaré que os vistáis. El desayuno ya está casi listo. Ah, otra cosa. En el Imperio se habla una especie de idioma estándar. Todo el mundo lo utiliza en los mundos más avanzados, e incluso en los más primitivos se enseña en las escuelas. Es muy parecido al esperanto de la Tierra.

—¡Anda! —exclamó Helen—. ¿Y cómo vamos a aprenderlo?

—Forma parte del tratamiento que habéis recibido por la noche —respondió con una sonrisa el tío Grigorian—. Ya lo domináis. Llevamos media hora comunicándonos gracias a él.

Cerró la puerta al salir.

4
**CORRE, BRINCA
E HIPERSALTA**



Cuando terminaron de desayunar, los mellizos y Panza volvieron a hacer las maletas y las llevaron a la oficina. El tío Grigorian le dijo a la señora Rhys que pasarían fuera unos días y que avisaría por teléfono cuando decidieran regresar. A continuación, cuando la mujer se hubo ido a su casa, guardó el coche en el garaje y echó la llave.

—¿Preparados? —preguntó al entrar en el despacho. Los tres muchachos asintieron con la cabeza, impacientes. El tío Grigorian abrió el archivador y manipuló las ruedecillas—. El viaje durará algo menos de una hora. Tendremos que realizar varios saltos más breves a través del espacio corriente además de impulsarnos por el hiperespacio... Eso que Crespo denomina la cuarta dimensión. Los saltos en sí no nos llevarán mucho tiempo, serán las pausas entremedias lo que nos demorará. Bueno. Allá vamos.

Cerró la puerta del archivador y se dio la vuelta. No se produjo la menor sensación de movimiento y por un instante Helen se preguntó si no habría salido algo mal. Pero cuando se fijó en las paredes vio que el edificio de la granja había desaparecido sin dejar nada más que una intensa oscuridad al otro lado del plástico transparente. Ante sus ojos el escenario se alteró de nuevo, esa vez reemplazado por un sol lejano tras una de las paredes y por un planeta de aspecto desértico, del color de la arena, visible a través del techo.

Los cambios se operaron tan deprisa que no le dio tiempo a ver todo lo que había aparecido fuera de la oficina... o de la nave espacial, como debería llamarla, se recordó. Apartó la mirada.

El tío Grigorian sugirió que jugaran a algo para pasar el rato. Sacó un tablero de damas y organizó una competición. Por desgracia, comprobaron que entonces Crespo podía derrotarlos a todos —incluido el tío Grigorian— sin esforzarse siquiera.

Tenían un Monopoly, pero no había tiempo suficiente para eso, de modo que se repartieron el dinero y empezaron a jugar al póquer. Esa vez fue Helen la que lo echó todo a perder: siempre se daba cuenta si alguien intentaba ir de farol.

Cuando se dieron por vencidos, empezaron a acribillar a preguntas al tío Grigorian. Pero él no quería hablarles de la disputa del Sector Génico porque temía predisponerlos a favor o en contra de cualquiera de los dos bandos, aunque accedió a contarles más cosas acerca de él.

—¿Grigorian es tu nombre real? —le preguntó Helen.

—Sí. Parece ligeramente del este de Europa, ¿verdad?

—¿Qué hay de tu acento?

—Es klipstiano.

—¿No te ha delatado nunca, en la Tierra?

—No. Al fin y al cabo, si realmente hubiera nacido en Polonia, me hubiera criado en Alemania y hubiera vivido en Gales, ¿quién sabe qué clase de acento tendría?

—¿Cómo conseguiste tu trabajo?

—Bueno, se debió a varios motivos. Soy un solitario, para empezar. Klipst es un planeta enorme con una población diminuta, de modo que sus habitantes somos poco gregarios. Pero lo más decisivo fue lo alto que soy.

—¿Alto? —se extrañó Panza—. ¡Pero si eres prácticamente un enano!

—¡Panza, no seas grosero! —exclamó Helen.

—No pasa nada —dijo el tío Grigorian, y se echó a reír—. Ésa es otra de las cosas que tenía que contaros. Los terrícolas figuran entre los seres más altos del universo. La mayoría de los seres humanos miden alrededor de un metro y sesenta o setenta. Yo soy bajo según los estándares de la Tierra, pero no según los galácticos. Lo que significa, dicho sea de paso, que vuestra estatura es aproximadamente la del adulto medio de Palassan.

Miraron a través de las paredes mientras pensaban en eso. Algunas de las escalas que hacían en ese momento no eran puntos aislados en el espacio, sino habitaciones ubicadas en planetas desconocidos. Ocasionalmente atisbaban extrañas criaturas y no menos extrañas ciudades, pero la imagen siempre se desvanecía antes de que pudieran distinguir los detalles.

Cuando el escenario del exterior por fin se hubo detenido y estabilizado, supieron que habían llegado a Palassan.

A través del fondo de la oficina vieron a un hombre con barba, un poquito más bajo que Helen y algo más alto que Crespo, que esperó un momento antes de empujar una sección de la pared para reunirse con ellos.

—Éste es el señor Loman —lo presentó el tío Grigorian—, supervisor de los planetas limítrofes del gobierno galáctico. Señor Loman, le presento a Helen, Crespo y Panza.

—En realidad me llamo Jonathan —dijo Panza cuando todos se hubieron dado la mano.

Helen vio que la cordialidad del señor Loman solo era una fachada. En el fondo, desconfiaba de los niños. Evidentemente sabía que tenían poderes.

—Hemos preparado habitaciones para todos —dijo el recién llegado, frotándose las manos—. En marcha, si os parece bien.

El señor Loman los condujo a través de la abertura de la pared de la nave hasta un pasillo, dobló una esquina y cruzó una puerta.

Se hallaban al aire libre. Sobre sus cabezas, el firmamento despejado albergaba un sol pequeño y radiante. Crespo reparó en la presencia de una inmensa luna pálida rozando el horizonte.

Estaban en algún tipo de parque. Los edificios bajos, de una sola planta, salpicaban unos jardines conectados por estrechos senderos de grava rosada. Se parecía un poco a la base de la RAF que Crespo había visitado una vez.

—No tiene pinta de ser la capital de la galaxia —dijo Panza.

—¿El planeta entero es así? —preguntó Crespo.

—Me gusta cómo huele la hierba —observó Helen.

Mientras recorrían uno de los senderos de color rosa, el tío Grigorian dijo:

—No esperaríais que Palassan fuera igual que Londres. Hace tiempo que dejamos atrás los rascacielos, los atascos de tráfico y las aglomeraciones.

—El gobierno de la galaxia —añadió el señor Loman— es la ocupación más importante que existe. Debe llevarse a cabo en un entorno ideal. Silencio y tranquilidad, césped y árboles... Todo esto contribuye a que los administradores piensen con más claridad.

»También hay aquí centrales eléctricas, fábricas y cosas por el estilo, ni que decir tiene. Sin embargo, están bajo tierra, donde nadie pueda verlas. Y no necesitamos carreteras. Las personas como Grigorian y yo... y vosotros, ahora... van a todas partes en hipertransporte. Así llamamos a la unidad en la que habéis llegado.

—¿Qué hay de la gente que trabaja en las centrales y en las fábricas? —preguntó Crespo.

—Bueno, bajo tierra contamos con un sistema de transporte mecánico de alta velocidad —respondió con altanería el señor Loman, como si quisiera dar a entender que no hacía falta que le dieran más vueltas al asunto. Crespo pensó, aunque no lo dijo, que todo aquello pintaba muy bien para los administradores, pero no tanto para el resto de la población.

Había muchas personas paseando por los jardines, así como entrando y saliendo de los distintos edificios. Las que se cruzaban con los niños los saludaban con un ademán y una sonrisa cordial.

El señor Loman se detuvo ante una de las achaparradas edificaciones.

—Tenemos que haceros una foto, para el informativo —dijo—. Pasad adentro un momento.

Entraron en una espaciosa sala iluminada por un bosque de luces artificiales. El resplandor los deslumbró durante unos instantes.

Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la claridad, distinguieron una docena aproximada de aquellas personas tan bajitas. La mayoría de ellas sostenían algún artilugio, cámaras y cosas por el estilo, dedujo Crespo. Todo era mucho más pequeño de lo que habría sido en la Tierra. Los enormes trípodes para las cámaras y las vigas repletas de focos brillaban por su ausencia, y no había ningún cable acoplado a los instrumentos.

Uno de los empleados del noticiario colocó al quinteto en posición, con Crespo estrechando la mano del señor Loman, y las cámaras emitieron un tenue chirrido durante unos instantes. Todo acabó tan pronto como había empezado, y regresaron al exterior.

—Somos famosos —dijo Panza—. ¿No quieren entrevistarme?

—Será mejor que os ahorremos todo ese trajín —replicó el señor Loman con una sonrisa.

Helen empezó a preguntarse cómo conseguían orientarse los habitantes de aquel lugar. Todos los edificios y los senderos parecían iguales, y no había carteles indicadores.

Una niña apareció por una puerta ante ellos. En los brazos sostenía un radiante ramillete de flores moradas. A Helen le parecieron preciosas.

La pequeña debió de fijarse en cómo las miraba, porque eligió una y se la ofreció.

—El color te pega —dijo, sonriendo de oreja a oreja—. ¿La quieres?

Panza se adelantó de repente y, de un manotazo, tiró la flor al suelo.

—¡Panza! —protestó Helen.

La flor golpeó el suelo con un inesperado tintineo, como si algo acabara de hacerse añicos.

—Cuánto lo siento —le dijo Helen a la muchacha.

Entre dientes, el señor Loman masculló lo que parecía una palabra malsonante.

Crespo recogió la flor y le arrancó los pétalos. Dentro había una especie de aparato electrónico.

La niña regresó corriendo al interior del edificio.

El tío Grigorian pasó junto a Helen y volvió a abrir la puerta que la muchacha había cerrado a su espalda. No había ni rastro de ella.

El señor Loman, que había sacado de uno de sus bolsillos un estuche de cuero del tamaño aproximado de una caja de cerillas, dijo:

—Una chica joven, de altura media, cabello rubio claro, túnica verde, armada con un racimo de narchus. Orden de arresto y detención.

—¿Qué rayos ocurre? —preguntó Helen.

Crespo le enseñó los restos del interior de la flor.

—Parece algún tipo de altavoz, como el de una radio.

—Un susurrador —dijo el tío Grigorian—. Repite el mismo mensaje una y otra vez, con efectos hipnóticos. Puede parecer inaudible, pero penetra en el subconsciente. Al final uno termina creyéndoselo.

Crespo asintió con la cabeza.

—Alguien se proponía hipnotizar a Helen... para que se pusiera de su parte en la disputa.

—Pero ¿cuál de los dos bandos?

—Lo averiguaremos —dijo el señor Loman— si capturamos a la muchacha.

Vieron que había varias personas corriendo por los jardines en dirección a ellos. Hombres, en su mayoría, todos con el mismo atuendo: trajes de una pieza de color rojo oscuro y gorros a juego.

«De modo que en Palassan hay policía», pensó Crespo.

—Lo malo —continuó el señor Loman— es que a estas alturas sin duda ya habrá alterado su aspecto. Solo tiene que quitarse la peluca rubia y desembarazarse de las flores para confundirse con cualquiera de las mil jóvenes como ella que viven en el distrito.

—Vamos —dijo el tío Grigorian—. Dejemos esto en manos de los Gorras Rojas. Nosotros no podemos hacer nada más.

Llegaron al edificio que habría de ser su centro de operaciones, consistente en tres dormitorios y una sala de estar, todo ello amueblado con el mismo estilo sencillo y confortable de la nave espacial del tío Grigorian.

El señor Loman señaló un altavoz ubicado en la pared, junto a la puerta.

—Podréis comunicaros con Grigorian o conmigo en cualquier momento oprimiendo este botón de aquí —dijo—. Y ahora os dejaremos para que deshagáis el equipaje.

—¡Caray! —exclamó Helen cuando los adultos se hubieron marchado—. Es como un hotel de lujo.

Crespo apuntó con el dedo al otro lado de la ventana. Había dos Gorras Rojas apostados en la calle. Cuando abrió la puerta, uno de ellos se acercó a él.

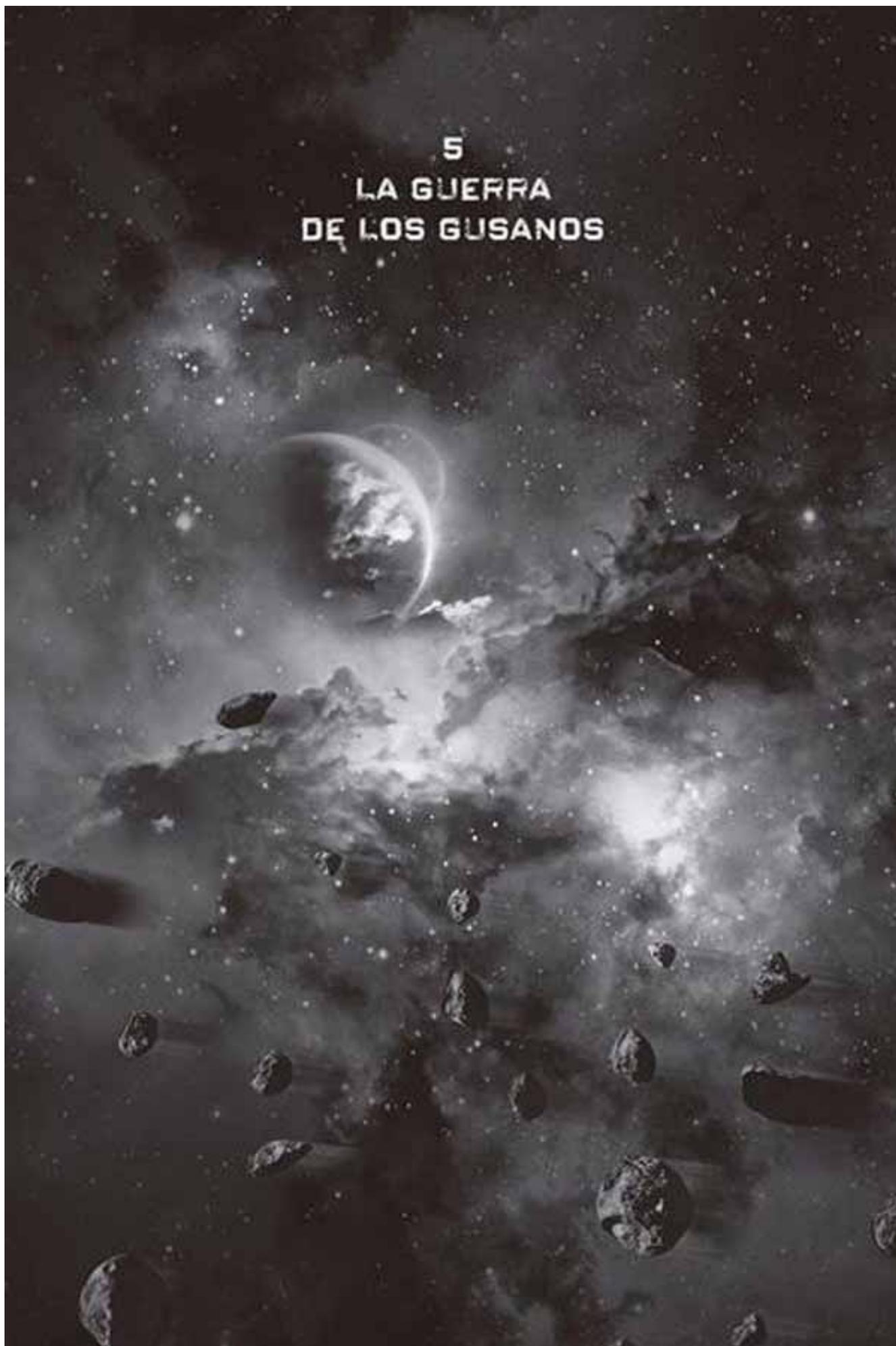
—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó el Gorra Roja.

—No, gracias —respondió Crespo, antes de cerrar la puerta de nuevo y girarse hacia Helen—. Y ahora, ¿qué te parece?

—¿Adónde rayos quieres ir a parar?

—Para mí esto es más bien como una cárcel —sentenció Crespo.

5
LA GUERRA
DE LOS GUSANOS



A la mañana siguiente tomaron el hipertransporte para visitar otra parte del planeta. No sabían cuánta distancia habían recorrido, tan solo que el sol seguía estando más o menos en el mismo sitio cuando llegaron, de modo que no podían haber ido muy lejos. El tío Grigorian, que los acompañaba, les contó que aún no habían descubierto a la muchacha de las flores. Sin embargo, los Gorras Rojas habían encontrado un ramillete, una peluca rubia y una túnica verde abandonados en una esquina.

Mientras esperaban a que el control de hipertráfico verificara su ruta, se vieron a sí mismos en el noticiario.

—Tres seres primitivos —anunció el presentador—, procedentes de uno de los planetas limítrofes del Sector Désico, llegaron ayer a Palassan en un intento desesperado por zanjar la aparentemente interminable Guerra de los Gusanos. Los dos bandos han accedido de antemano a acatar el veredicto de los intermediarios alienígenas en un acuerdo a tres bandas con el gobierno galáctico. La vista, que comenzará en breve, contará con la supervisión del negociador parlamentario Swen Harliss, el artífice de este intento de reconciliación interplanetaria sin precedentes.

»La misión de exploración de Vardic: según un boletín recibido hoy mismo, el equipo podría haber encontrado...

El tío Grigorian apagó el aparato.

—Ya hemos llegado —anunció.

Salieron del hipertransporte a una espaciosa habitación enmoquetada de rojo con cuadros en las paredes. En uno de los extremos, una plataforma ligeramente elevada albergaba tres sillas y una mesita circular, donde esperaba un hombre de barba blanca cubierto con una capa negra.

—Os presento a Swen Harliss —dijo el tío Grigorian.

Crespo se preguntó si dejarse barba sería uno de los requisitos para desempeñar un cargo público en Palassan, algo así como un distintivo.

Había dos personas más en la estancia.

—El señor Jaik y el señor Karin —dijo Harliss— representan a las dos partes de la disputa.

Ambos hombres asintieron educadamente con la cabeza.

—Lo que me propongo hacer es lo siguiente —continuó Harliss—: llamaré a declarar en calidad de testigos a varios expertos que os pondrán en antecedentes. Luego nuestros dos protagonistas, aquí presentes, podrán exponer su caso. Y ahora, si tenéis la bondad, ocupad vuestro sitio en el estrado.

Una inevitable sensación de ridículo sobrevino a los mellizos y a Panza cuando subieron a la plataforma y se sentaron alrededor de la mesita. La sala era demasiado grande para las siete u ocho personas allí presentes.

—El proceso se grabará en vídeo para que podáis repasar las pruebas con más calma siempre que queráis —añadió Harliss—. Por cierto, había pensado que os gustaría que Grigorian estuviera presente, así no estaréis rodeados de completos extraños.

—Sí, por favor —dijo Helen.

El tío Grigorian se sentó junto a la plataforma, y Harliss hizo lo propio enfrente de los pequeños, flanqueado por los señores Jaik y Karin. Eso dejaba una silla vacía: entre la tarima y el lugar que ocupaba Harliss, en el lateral de la estancia.

—Para no abrumaros con demasiados nombres —explicó Harliss—, me limitaré a decir que el primer experto es un astrónomo.

El hombre que apareció en ese momento era bajito incluso para tratarse de un palassano. Tenía el cabello blanco y las mejillas rasuradas con esmero. Llevaba puesto el mismo mono de una pieza que parecía constituir la prenda de vestir favorita de los habitantes de Palassan. Se le notaba nervioso.

Se sentó en la silla vacía y comenzó a hablar.

El equipo de investigación del departamento de astronomía de la Universidad de los Planetas llevaba cuatro años estudiando los movimientos de las estrellas del Sector Génico en los confines de la galaxia. El proyecto había surgido para poner a prueba unos instrumentos de reciente invención para cartografiar la posición de los planetas. En un conjunto de observaciones se había detectado algo que parecía incongruente: las órbitas de todos los planetas que rodeaban una estrella muy lejana diferían de la trayectoria prevista.

Al comprobarlo, el equipo había descubierto sutiles variaciones en un gran número de sistemas del sector. Al principio lo atribuyeron a alguna estrella oscura lejana, inadvertida hasta la fecha, o a algún planeta desconocido hasta entonces en alguno de los sistemas.

Habían introducido los cálculos en un ordenador y le habían pedido que describiera la posición de una estrella que pudiera explicar aquellas incongruencias, un gran cuerpo celeste cuya gravedad fuese capaz de desviar los planetas de su órbita.

El ordenador les había ofrecido un resultado absurdo: una estrella inmensa ubicada donde todo el mundo sabía que no había nada más que el espacio profundo.

Uno de los científicos había planteado otra pregunta al ordenador: si el responsable de aquellas trayectorias erráticas fuera un planeta en vez de una estrella, ¿cuál sería su órbita?

La respuesta había sido no menos absurda. El planeta, les aseguró el ordenador, no estaría vinculado a ninguna estrella, sino aislado en medio del espacio.

Tan solo para cerciorarse, el científico había comprobado la posición del planeta descrito por el ordenador.

Y allí estaba.

El hallazgo había causado mucho revuelo en los círculos astronómicos. Era la primera vez que alguien descubría un planeta errante. Los científicos intuían la existencia de tales fenómenos, pero hasta entonces nadie había encontrado pruebas que confirmaran sus sospechas.

Todos los pormenores de la investigación y los cálculos correspondientes se recogían en un documento que el astrónomo había remitido a la Academia de Científicos Espaciales, titulado «Algunas anomalías en el Sector Génico».

Cuando el astrónomo hubo terminado de hablar, Harliss preguntó si alguien deseaba plantearle alguna duda. Crespo respondió que todo había quedado perfectamente claro. El astrónomo se marchó.

—El siguiente testigo —dijo Harliss— es lo que llamamos un Trotamundos. Se trata de una especie de aventurero, alguien que recorre los sectores inexplorados del espacio, en parte por diversión y en parte en busca de fortuna. Miles de ellos, esparcidos por toda la galaxia, se dedican a vagar en destartaladas unidades de hipertransporte con la esperanza de enriquecerse de la noche a la mañana gracias al descubrimiento de un meteorito de oro macizo o algo por el estilo. Se ganan la vida como mercaderes de poca monta, y a menudo también como contrabandistas.

»Los Trotamundos son básicamente un incordio, pero, como comprobaréis enseguida, a veces pueden resultar útiles.

El Trotamundos, cuando apareció, daba la impresión de ser el polo opuesto del astrónomo. Llevaba puestos unos amplios pantalones de recia factura, sujetos con un cinturón, y una camisa de cuello redondo igualmente holgada. Sus andares eran torpes, como si no estuviera acostumbrado a la gravedad, y su expresión denotaba que no le hacía ni pizca de gracia tener que contarles su historia a un puñado de burócratas y mocosos.

—Estaba dando el pequeño salto que hay entre Geva y Tork —comenzó el Trotamundos— con un cargamento de transistores moleculares. En Geva los producen a patadas, pero en Tork carecen de la tecnología necesaria, así que los torkas pagan auténticos dinerales por ellos. Fuera como fuese, estaba hipersaltando a ciegas, como de costumbre. Como ahí fuera no hay rutas predeterminadas con puntos de aterrizaje seguros, lo que tiene que hacer uno es acelerar al máximo y rezar para que no haya ningún obstáculo en medio cuando llegue. Por eso la labor de los Trotamundos es tan peligrosa.

»Sí, podría haber seguido la ruta predeterminada y apostar sobre seguro. Pero se tarda más, y el coste también es mayor. Luego habría tenido que cobrar el precio completo por los transistores en Tork, y adiós a las ganancias. A eso se reduce el trabajo de un Trotamundos. Todos los planetas tienen una ruta predeterminada hasta Palassan, por lo que a través de aquí se puede ir a cualquier parte. Pero yendo a

ciegas se ahorra dinero y se puede batir a la competencia.

»En cualquier caso, camino de Tork me encontré con un teleinformativo en las hiperondas según el cual se habría descubierto un planeta errante del que nadie había oído hablar hasta la fecha, al otro lado del Sector Génico. Ni corto ni perezoso, consulté la carta de navegación estelar y vi que era el habitante de la galaxia más cercano al planeta errante.

»Total, con un par de saltos malogrados de por medio, tardé uno o dos días en encontrarme en órbita alrededor de ese planeta. Me asusté un poco y todo, no se crean, al verme tan cerca. ¡Por las estrellas! Un poco más y habría aterrizado en el centro de aquella cosa. ¡Catapún! Adiós, Trotamundos.

»Aun así, con eso de que el planeta tenía atmósfera y está tan lejos de cualquier estrella, me quedé frustrado porque no se veía nada más que un pegote gris. Así que empecé a descender, muy despacito, en dirección a la superficie.

»Remonté el vuelo a toda pastilla, así se lo digo. Aquellos gusanos podrían haberme engullido, con unidad y todo, de un solo bocado. Menos mal que los vi a tiempo... Había algún tipo de fuente de luz bajo las nubes, y la superficie brillaba como si fuera de día. Había gusanos por todas partes, y uno de ellos se dirigió hacia mí, dejando un rastro de no sé qué a su paso, así que salí pitando de allí.

»Debería haber ido directamente a Tork, con toda franqueza. No saqué ningún provecho del Planeta de los Gusanos, aparte de las migajas que me pagó la gente del telenoticiario a cambio de que les contara lo que había visto. Al gobierno galáctico no se le ocurrió recompensarme por la advertencia. Ja. ¿Qué más quieren saber?

No había nada más que el Trotamundos pudiera añadir, y Harliss se despidió de él con expresión aliviada.

El tercer testigo era uno de los capitanes de la armada espacial. Moreno de piel y bien afeitado, el traje y el gorro que lucía recordaban al uniforme de los Gorras Rojas, con la salvedad de que su color era un azul intenso y lucía una estrella blanca en el pecho. Había sido la persona al mando de la expedición oficial al Planeta de los Gusanos.

—La fuerza expedicionaria partió con rumbo al planeta objetivo de acuerdo con la orden imperial número G65a/339, sección...

—Sí, sí, capitán, no hace falta que entre en detalles —lo interrumpió Harliss—. Esto no es un juicio oficial, ¿sabe? Limítese a contar la historia.

—Señor. La flota se detuvo a la distancia orbital de dicho planeta para efectuar las observaciones preliminares. Se comprobó que se trataba de un cuerpo de tipo Q con una masa inusualmente grande. Había una pequeña cantidad de nubosidad

atmosférica, pero en apariencia ninguna gran masa de agua. No había ni rastro de vida inteligente.

»Al descender a la superficie, vimos que las nubes consistían en algún tipo de formación vegetal que emitía luz. Había una considerable cantidad de vida animal en la altitud cero, consistente en esencia en unas criaturas parecidas a orugas que popularmente han llegado a conocerse como, ejem, los gusanos.

»Medían unos cuatro metros de diámetro, y su longitud variaba desde los diez metros en adelante. Se vio que dejaban unos rastros de una sustancia sedosa al desplazarse. Se constataron dos hechos importantes acerca de estos rastros. El primero, que seguían algún tipo de pauta subterránea geológica; el segundo, que la sustancia era de hecho el plástico complejo conocido como unylon, el cual se fabrica en varios de los mundos del Sistema Central.

»Los gusanos resultaron ser pacíficos y se dejaron capturar sin oponer resistencia. Se diseccionaron varios especímenes de distintos tamaños. Sus cerebros, pequeños en la generalidad de los casos, consistían fundamentalmente en una médula espinal.

»Las plantas del planeta, muy simples, proporcionaban alimento a los gusanos. Sin embargo, una pequeña proporción de las especies vegetales eran sensibles a los estímulos de luz y calor.

»Una investigación más detallada quedaba fuera de las competencias de la fuerza expedicionaria.

El capitán hizo una reverencia con gesto envarado y se fue.

—Eso completa la información de base —dijo Harliss—. ¿Ha quedado todo claro?

Crespo se inclinó hacia delante en la silla.

—Creo que sí. El Planeta de los Gusanos es un mundo errante, sin sol propio. Sus habitantes son gusanos que se alimentan de plantas sencillas y tejen unylon. Seguimos sin saber a qué viene tanto alboroto.

—Ya lo descubriréis —repuso Harliss—. Y ahora cedo la palabra al señor Jaik.

El aludido, de mejillas chupadas y nariz prominente, llevaba puesta una chaqueta verde con las letras L. V. bordadas en un distintivo. Se levantó.

—Soy el presidente de la Liga de la Vida —dijo—. La liga tiene millones de partidarios humanos repartidos por toda la galaxia. A grandes rasgos, nos dedicamos a la conservación de todas las formas de vida animal que pueblan el universo.

»Lo que nadie ha dicho en la vista preliminar es qué pasó con el Planeta de los Gusanos desde que la armada espacial regresó con su informe.

»Veréis, la sustancia que tejen los gusanos..., el unylon..., posee un valor incalculable. En varios mundos hay fábricas inmensas que producen ese material a un precio muy elevado. En cuanto la gente se enteró de que había un planeta rebosante

de unylon esperando a que alguien lo recogiera, se abalanzaron en tromba sobre el Planeta de los Gusanos.

»Los primeros en llegar se limitaron a extraer el unylon con gigantescas excavadoras mecánicas y lo cargaron en sus naves. Poco a poco comenzaron a utilizarse métodos más sofisticados. Se obligó a los gusanos a tejer en hileras ordenadas para facilitar la recogida. Para ello hubo que someterlos a una operación cerebral.

»Grandes áreas de ese mundo son ahora meras factorías de unylon donde los gusanos esclavizados tejen sin descanso de día y de noche, organizados en cadenas de producción, hasta caer muertos.

»La Liga de la Vida reclamó la mayor parte del Planeta de los Gusanos a tiempo de evitar la propagación de esta práctica monstruosa.

—Creo que le convendría descansar un momento, señor Jaik —lo interrumpió Harliss—. Me gustaría añadir que estallaron varios disturbios en los límites de la propiedad de la liga en el Planeta de los Gusanos. Los cosechadores y los delegados de la liga se enfrentaron con armas de fuego, primero, y después con misiles. Los dos bandos sostienen que empezó el otro. El gobierno frenó los combates, y desde entonces se esfuerza por declarar una tregua. Ése es el motivo de vuestra presencia. Y ahora quizá el señor Karin desee contaros su versión de la historia.

El semblante del señor Karin, adusto y curtido, recordaba a las facciones del Trotamundos. Sostenía un fajo de papeles bajo el brazo, y Helen esperó que no se dispusiera a soltarles un discurso interminable.

—Represento a la Asociación de Cosechadores de Unylon —comenzó el hombre—, formada por los trabajadores del Planeta de los Gusanos para velar por nuestros derechos.

»En estos momentos son ya doscientos cincuenta mil hombres, a los que hay que sumar sus esposas e hijos, los que dependen del Planeta de los Gusanos para ganarse el sustento. La Liga de la Vida se olvida de eso cuando habla de las pobres oruguitas.

»No es cierto que los gusanos padezcan en nuestras granjas. Todos disponen del alimento que necesitan y están a salvo tanto de las enfermedades como de los depredadores.

»Si los gusanos sufrieran tanto, ¿acaso no intentarían escapar? La pura verdad es que son felices, a su manera. La Liga de la Vida no es más que un hatajo de metomentodos sin nada mejor que hacer.

—Bueno —terció Harliss una vez más—, no toleraré que esto se convierta en un intercambio de insultos. —Miró a la plataforma—. ¿Alguna pregunta más?

—Un momento —dijo Crespo, que se giró hacia Helen y susurró—: Voy a hacerles una pregunta a cada uno de ellos. Fíjate bien.

Se volvió hacia los tres hombres.

—Señor Jaik, explíqueme en una frase por qué quiere proteger a los gusanos.

—Quiero impedir una crueldad y preservar la exuberante diversidad de la fauna de la galaxia —contestó el señor Jaik.

—Señor Karin, ¿por qué se opone a la Liga de la Vida?

—Mi cometido es proteger los empleos de doscientos cincuenta mil trabajadores —fue la respuesta.

Crespo se giró de nuevo hacia su hermana.

—Vale —susurró—, es muy sencillo. Utiliza tu poder. ¿Cuál de los dos miente?

—Nada más fácil —dijo Helen—. Los dos.

6
VUELO NOCTURNO



Helen se despertó con alguien sacudiéndole el hombro. Abrió los ojos y vio a Crespo.

—Arriba.

Helen consultó su reloj de pulsera.

—¡Pero si es noche cerrada! —protestó.

—Da igual. Vístete. Despertaré a Panza.

Helen se puso la ropa en un santiamén. Saltaba a la vista que Crespo no estaba tomándole el pelo. Cuando entró en la salita de su pequeño bungalow, su hermano estaba hablando por el intercomunicador.

—¿Qué hora es ahora en Inglaterra? —preguntó Crespo.

—Casi mediodía —resonó la voz del tío Grigorian.

—Creo que deberíamos hablar con mamá.

—¿Ahora?

—¿Por qué no? Ya nos hemos levantado todos.

—De acuerdo. Pediré que establezcan la conexión. Serán unos minutos.

Helen paseó la mirada por la habitación. La mesa del centro estaba enterrada bajo una montaña de libros en rústica y cintas de vídeo.

—¿No te has acostado? —le preguntó a Crespo.

—He estado indagando y he averiguado unas cuantas cosas de lo más interesantes.

—¿Para qué quieres hablar con mamá?

—Puede que no volvamos a tener ocasión en bastante tiempo.

En ese momento apareció Panza, con Pegote encima del hombro. El bolán y él se habían vuelto inseparables.

—¿Qué pasa? —refunfuñó.

A través del intercomunicador, escucharon el familiar sonido de los timbrazos de un teléfono.

—Tenéis línea con la Tierra —anunció la voz del tío Grigorian.

—¿Diga? —preguntó la señora Price.

—Hola, mamá —dijo Crespo.

—¡Menuda sorpresa! ¿Os estáis divirtiendo? ¿Va todo bien?

—Sí —respondió Crespo—. Helen ha visto sus corderitos y Panza y yo hemos conducido el tractor. El tío Grigorian pensó que deberíamos llamar y decirte que estamos perfectamente.

—Qué considerado. Bueno, que no quiero que se dispare la factura. Además, tengo que seguir preparando el almuerzo para los huéspedes. Gracias por la llamada.

—Adiós, mamá. —Crespo se apartó del intercomunicador—. Y ahora —dijo, dirigiéndose a los otros—, dejad que hable yo.

Se encaminó a la puerta y la abrió. El Guardia Roja apostado al otro lado se

acercó a él.

—Me he dejado los juegos en el hipertransporte del tío Grigorian —le dijo Crespo—. Me gustaría ir a buscarlos.

El Gorra Roja frunció el entrecejo.

—¿No puedes esperar hasta mañana? Verás, es que solo hay uno de nosotros aquí por las noches. Se supone que debo protegeros. Si me quedo, estarás solo, y si te acompaño, tendré que dejar solos a los otros dos.

—Eso no será ningún problema —insistió Crespo, adoptando su tono de voz más convincente—. Ellos también pueden venir. De todas formas, necesitare que me echen una mano para cargar con algunas cosas.

—Bueno —dijo el Gorra Roja—. Adelante.

Iluminaban los jardines dos lunas radiantes, una grande y plateada, y la otra pequeña y amarilla. Los mellizos, Panza y el Gorra Roja recorrieron apresuradamente los senderos de grava hasta detenerse en el lugar donde habían llegado a Palassan.

El edificio estaba abierto, y encontraron el «despacho» del tío Grigorian sin ninguna dificultad. Una vez dentro, Crespo señaló el archivador.

—Los juegos están ahí dentro.

—No sé —dijo el Gorra Roja con una sonrisa—. Los terrícolas tenéis un horario muy raro para jugar.

Crespo abrió la puerta del archivador y pulsó dos botones.

—¡Oye! —exclamó el Gorra Roja.

Al otro lado de las paredes, el edificio se volvió borroso y desapareció.

—¿Qué has hecho? —preguntó el Gorra Roja, enfadado.

—No sabes controlar el hipertransporte, ¿verdad? —dijo Crespo.

—No. —El Gorra Roja abrió uno de los bolsillos de su uniforme y sacó de él una pequeña pistola—. Pero será mejor que nos lleves de vuelta a Palassan ahora mismo. Si te niegas te vuelo una pierna.

—No te preocupes, Crespo —dijo Helen—. Va de farol.

Entonces el Gorra Roja se asustó.

—Maldita sea —masculló.

—Bueno, veamos —dijo Crespo—. Como no puedes obligarnos a regresar a Palassan, lo mejor será que te acostumbres a la idea de acompañarnos. Al menos así podrás seguir protegiéndonos. ¿Cómo te llamas?

—Arman.

—Crespo, ¿nos quieres contar qué te propones? —imploró Helen.

—Claro que sí. —Su hermano efectuó otro par de ajustes en los controles—. Estos chismes son facilísimos de controlar una vez se ha estudiado la carta estelar. Veamos. He averiguado varias cosas mientras vosotros dos os dedicabais a roncar.

»Para empezar, me he documentado sobre la Liga de la Vida. Hasta hace tres años

no eran más que un hatajo de chiflados. Entonces, de golpe y porrazo, amasaron un montón de dinero y se transformaron en un colectivo influyente. Eso ocurrió justo después del descubrimiento del Planeta de los Gusanos.

»La ley dicta que todas las asociaciones benéficas deben declarar de dónde proceden sus fondos. Desde hace tres años, la Liga de la Vida recibe grandes donativos de algo llamado la Fundación Gulben. De modo que busqué información acerca de ella. Se dedica a invertir dinero en todo tipo de cosas: escuelas, proyectos de investigación, programas para combatir el hambre, diversas instituciones benéficas...

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que nos interesa? —preguntó Panza.

—Un poquito de paciencia, que ahora llego a esa parte. El director de la fundación es un tal Jo Lee Olsom.

—¿Y ése quién es?

—Cierra el pico, Panza, y te lo diré. Ahora está jubilado, pero antes era el presidente de una empresa llamada Productores de Unylon. En la actualidad son sus hijos los que dirigen el negocio. Y han perdido mucho dinero desde que empezó a introducirse el unylon a bajo coste del Planeta de los Gusanos.

—¡Ya veo! —dijo Helen—. En otras palabras, la Liga de la Vida recibe dinero de Productores de Unylon para causar problemas en el Planeta de los Gusanos.

—Exacto. Pero eso no es todo. También me he informado acerca de la Asociación de Cosechadores de Unylon, y son igual de malos. No representan a los trabajadores del Planeta de los Gusanos, ni mucho menos. No se trata de un sindicato con líderes elegidos por votación, etcétera, sino que es una agencia publicitaria propiedad de los tres hombres que poseen todas las granjas de gusanos.

—En tal caso —dijo Panza—, me da que nadie está siendo sincero con nosotros.

—En pocas palabras, sí. De modo que tendremos que empezar de cero.

—Bueno, ¿y adónde vamos ahora? —preguntó Helen.

—Al Planeta de los Gusanos.

Y dicho eso, Crespo volvió a concentrarse en los mandos.

Aterrizaron en la región agreste del mundo que la liga había reclamado para mantener lejos a los granjeros. Crespo utilizó una ruta preprogramada justo hasta el último salto, que realizó a ciegas, como los Trotamundos.

Se detuvieron en medio de un rebaño de gusanos.

Las criaturas eran enormes, mucho más grandes que cualquier ballena. Parecían más orugas que gusanos, con las patas diminutas que erizaban la base de cada uno de sus segmentos. En la parte delantera presentaban unos ojos facetados de color negro. Cuando deambulaban de un lado para otro, un grueso cordón de unylon emergía de debajo de ellos.

Los cuatro tripulantes del hipertransporte se asomaron a las paredes transparentes entre fascinados y horrorizados.

—De cuando en cuando —observó Helen— cambian bruscamente de dirección. Es como si... como si estuvieran siguiendo un rastro.

—A lo mejor buscan comida —sugirió Arman, que había pasado la mayor parte del trayecto sentado en silencio, con expresión enfurruñada. Pero el Planeta de los Gusanos hizo que se olvidara del enfado que debería sentir.

—No es esa clase de movimiento —dijo Helen.

—El capitán nos contó que tenía algo que ver con las rocas y cosas así que hay bajo tierra —recordó Panza.

Crespo escudriñó la superficie.

—Parece que están tejiendo una especie de tela de unylon —dijo—. Y parece lo bastante compleja para servir para algo, para tener alguna función, pero... —Dejó la frase inacabada flotando en el aire.

—Voy a salir —anunció Panza.

—Ah, no, eso sí que no. —Arman había vuelto a recordar cuál era su cometido.

—Déjalo —dijo Crespo—. Los gusanos son inofensivos, eso lo sabemos.

Panza abrió la sección de la pared que hacía las veces de puerta. Se había puesto pálido, pero se obligó a adoptar una expresión audaz.

—¡Vamos allá! —dijo, y salió.

Olisqueó el aire, giró sobre los talones y se encogió exageradamente de hombros para que los mellizos lo vieran. Avanzó unos cuantos pasos y se agachó para tocar uno de los hilos de unylon.

—¡Ay! —Se apresuró a retirar la mano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Helen, preocupada.

—Hace cosquillas —respondió Panza.

Crespo se animó al oírlo.

—¿Como un calambre?

—Sí. —Panza regresó a la unidad—. ¿Qué crees que significa?

—No lo sé —admitió Crespo—, pero significa algo. —Abrió el archivador.

—¿Seguimos? —sugirió Helen—. Me gustaría echar un vistazo a lo que comen los gusanos.

—Hemos pensado lo mismo —replicó Crespo—. En marcha.

Condujo el hipertransporte por la superficie del planeta, dando pequeños saltos hasta llegar a una vasta pradera cubierta de vegetación de color verde oscuro. Las hojas de las plantas, con forma de plato, apuntaban al cielo como antenas de radar.

—Veamos —dijo Crespo—. El capitán aseguraba que la vegetación era sensible a la luz y el calor. Me pregunto a qué se referiría con eso.

—Supongo que si las apuntas con una linterna, se volverán hacia ella —dijo

Helen—. Probemos.

—¿Quién tiene una linterna? —preguntó Crespo—. ¿Arman?

—Sí. —El planeta ya había conseguido suscitar el interés del Gorra Roja, que abrió la cremallera de uno de sus bolsillos para extraer una diminuta linterna cilíndrica.

Crespo abrió la puerta y apuntó con la linterna al centro de una de aquellas hojas con forma de plato. Deslizó paulatinamente el haz por el borde de la hoja, pero ésta no reaccionó.

—Adiós a la teoría.

—Hummm. No necesariamente, Helen. Déjame intentar otra cosa. —Crespo sacó su navaja y serró el tronco de la planta. Cuando se soltó, examinó el tallo cortado y lo palpó con un dedo—. Lo que pensaba. ¿Veis? —Se lo enseñó a los otros—. Hay una sustancia muy dura que atraviesa toda la planta. Y ahora...

Crespo desenroscó la tapa de la linterna y sacó la bombilla.

—¿Tienes un encendedor, Arman?

El Gorra Roja abrió la cremallera de otro bolsillo y le entregó su encendedor al muchacho.

—Vale —dijo Crespo—. El encendedor nos proporcionará luz y calor a la vez. —Activó la llama y la sostuvo cerca de la superficie de la hoja. A continuación cogió la bombilla de la linterna y pegó su base al núcleo rígido del tallo de la planta.

La bombilla se encendió con un parpadeo.

—¡Eso es! —exclamó Crespo—. El calor y la luz en la superficie de la hoja generan electricidad en la planta.

—Bien —dijo Arman—. ¿Me puedes devolver el encendedor y la linterna, por favor?

Así lo hizo Crespo.

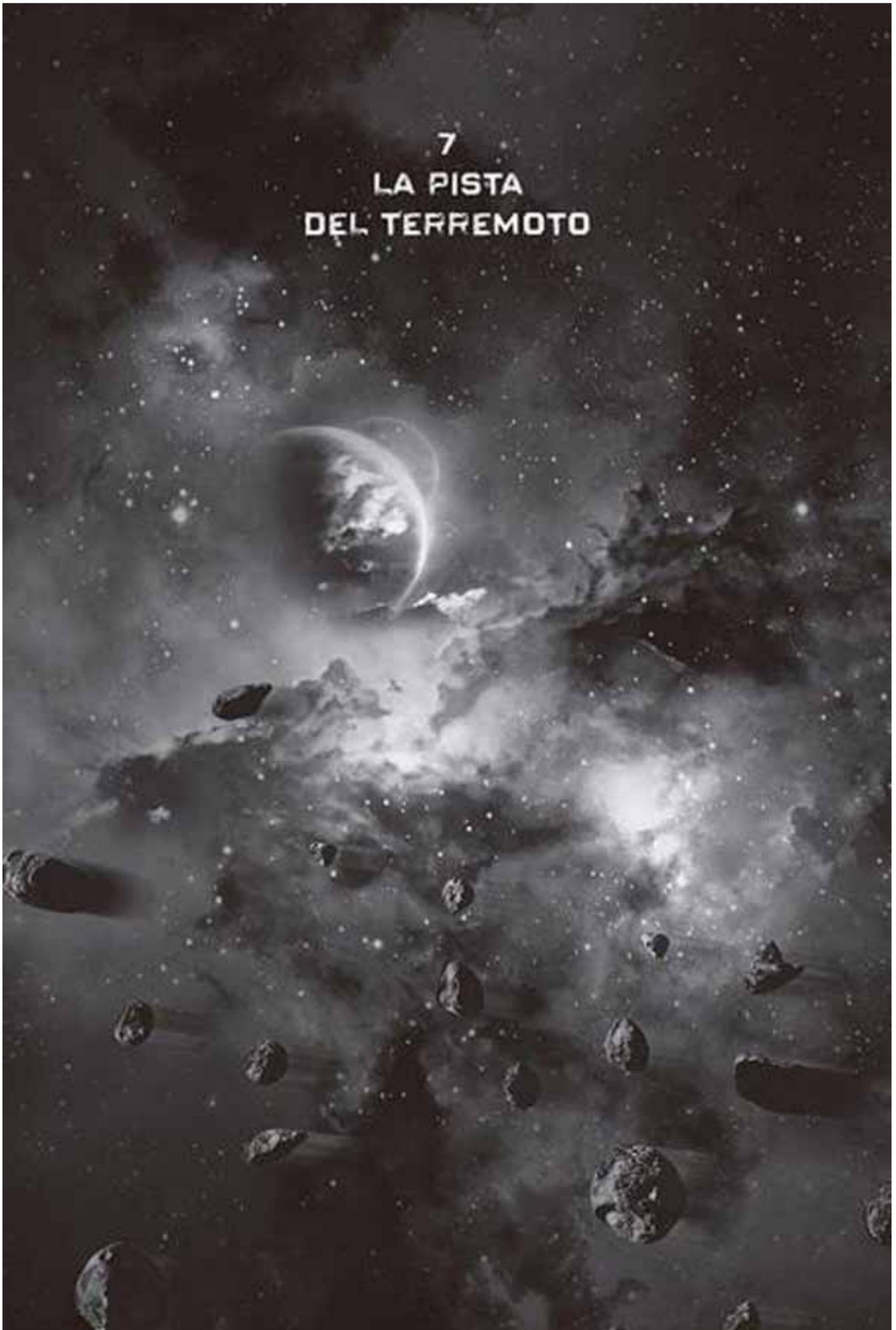
—Se trata de un sistema, ¿no lo veis? Las plantas generan electricidad... El unylon está electrificado. Los gusanos se alimentan de ellas y producen unylon. Todas las piezas encajan. Pero ¿para qué sirve?

—Tengo hambre —dijo Panza.

—Yo también —añadió Helen—. Y el pobre Arman parece muy preocupado. ¿Por qué no vamos al lado del planeta de los granjeros?

—De acuerdo —dijo Crespo—. Quizá allí encontremos algunas respuestas.

7
LA PISTA
DEL TERREMOTO



Se detuvieron a las puertas de una pequeña ciudad. Sobre sus cabezas, las escasas nubes proporcionaban muy poca luz. Hacía frío.

El lugar hizo que Panza se acordara de una película que había visto sobre las ciudades mineras de Alaska durante la fiebre del oro, con endeble casas prefabricadas, carreteras sin pavimentar y tiendas destartadas.

Apretaron el paso para entrar en calor, se dirigieron al centro de la ciudad y buscaron una cafetería.

Allí no parecía haber ningún hipertransporte ni tren subterráneo. Unos coches eléctricos, como carritos de golf de alta velocidad, surcaban las calles como exhalaciones. Muchas personas se cubrían la cabeza con gorros de piel.

A Crespo se le ocurrió una idea.

—¿Llevas encima algo de dinero? —le preguntó a Arman.

—Sí. No mucho, pero suficiente para una comida.

—¿Qué hay de la moneda, será distinta?

—No. Este mundo es demasiado reciente, aún no les ha dado tiempo a acuñar sus propias divisas. Hablarán galingua, como nosotros.

Varias personas observaban con hostilidad a Arman, que al final dijo:

—Me parece que los Gorras Rojas no gozan de mucha simpatía aquí.

—Será mejor que te disfraces —sugirió Helen—. Crespo, préstale la chaqueta.

—¡Me congelaré!

—Será solo un momento. Eso es. Y ahora, Arman, quítate la gorra. —La muchacha contempló el resultado—. Ya solo eres un hombre con pantalones rojos.

No tardaron en encontrar una ventana brillantemente iluminada. Al otro lado vieron mesas y sillas, y a unas cuantas personas comiendo. Entraron y se sentaron.

El hombre que atendía el mostrador les preguntó:

—¿Vais a comer o tomaréis solo café?

—Comeremos algo —respondió Arman, erigiéndose en portavoz del grupo—. ¿Qué tiene?

—Caldo, o caldo, o caldo —dijo el hombre.

—Que sea caldo, en tal caso. Cuatro.

El hombre les llevó cuatro grandes tazones y otras tantas cucharas.

—Diez créditos —dijo mientras dejaba la comida encima de la mesa.

—¡¿Qué?! —se escandalizó Arman—. Con eso se podrían pagar cuatro filetes de los gordos.

—Estamos en el Planeta de los Gusanos, hermano. Diez créditos.

Cuando Arman hubo pagado, a regañadientes, se pusieron a comer.

—Me pregunto qué llevará este mejunje —dijo Panza.

—Bueno, los trocitos verdes deberían ser verduras —aventuró Crespo.

—¿Y la carne? Está rica.

—Te doy tres oportunidades —dijo Crespo—. A ver, ¿qué más hay en este planeta, aparte de vegetación?

—Gusanos —contestó Panza.

—Pues ahí tienes la respuesta.

—Puaj. —Helen apartó el plato.

El ocupante de la mesa de al lado se inclinó hacia ellos.

—Sois nuevos —observó.

Helen lo miró. Costaba decidir si estaba dejándose crecer la barba o si sencillamente había dejado de afeitarse hacía unos días. Se cubría con un sombrero andrajoso y le faltaba uno de los dientes de delante.

—Sí, así es —dijo la muchacha.

—No os hablaron de la comida, ¿eh? —El hombre soltó una risotada burlona—. Como de costumbre.

—Usted ya es veterano, supongo.

—Pues sí. Tres años llevo aquí. Llegué con la primera remesa de pringados.

—¿Alguna cosa más que se les olvidara mencionar, veterano? —acotó Crespo.

El desconocido se volvió a reír.

—Casi todo. Los terremotos, para empezar. Y lo caro que es todo, sobre todo el billete de regreso. De los sueldos sí que hablan siempre, ya lo creo. ¡Cien créditos a la semana, más bonificaciones! Pero luego descubres que un tazón de sopa de gusano cuesta dos cincuenta y...

—¿Qué es eso de los terremotos? —lo interrumpió Crespo, que había dejado de comer y observaba con atención al hombre.

—Bueno, se producen cada pocos meses, derriban todas las casas e incluso, a veces, matan a unas cuantas personas. En ocasiones son de los grandes, aunque no siempre. La única forma de ponerse a salvo es refugiarse en un hipertransporte: no hay nada que los mueva. Seguro que ése es el motivo por el que todos los capataces viven en uno. Sí, ya lo creo.

—¿Se sabe qué causa los terremotos?

—Se rumorea que tiene algo que ver con la electricidad, pero en realidad nadie lo sabe con certeza. Todo se viene abajo, así que volvemos a reconstruirlo...

Crespo, que ya había dejado de escucharlo, se dio una palmada en la rodilla y esbozó una amplia sonrisa.

—¡Eso es! —susurró—. ¡Eso es! —Arman lo observaba con suma atención.

—Suéltalo ya —lo azuzó Helen.

—Para eso sirve la electricidad. ¿No es evidente? La electricidad de las plantas recorre el unylon y desciende hasta el núcleo del planeta. Las corrientes sacuden la roca y provocan los terremotos. Así es como se mueve el planeta.

—No lo entiendo —dijo Helen.

—Ni yo —reconoció Panza.

Crespo se quedó pensativo unos instantes.

—¿No os habéis fijado nunca en los ancianos que juegan a la petanca en el parque? Pues bien, las bolas que lanzan están descompensadas, pesan más por un lado que por el otro. Eso hace que rueden trazando una curva en vez de en línea recta.

»Entonces, si la materia pesada del centro de un planeta se desplazara, provocaría que su trayectoria describiera una curva, ¿verdad? De ese modo los terremotos dirigirían el movimiento del Planeta de los Gusanos.

—Hasta ahí te sigo —dijo Helen—, pero continuó sin percibir dónde está el gran descubrimiento.

—Me temo que yo sí —intervino Arman. Su voz había cambiado, y Helen lo miró, sorprendida. Entonces vio la pequeña pistola que había aparecido en su mano—. Levantaos y salid de aquí en silencio. Esta vez va en serio.

Crespo consultó con la mirada a Helen, que dijo:

—Ya no va de farol.

Desconcertados, los tres niños se pusieron de pie y salieron del establecimiento, con Arman caminando tras ellos. El veterano adoptó una expresión de perplejidad antes de volver a concentrarse en su plato.

Arman los condujo carretera abajo hasta un gran edificio de piedra. Una vez dentro enseñó un cuadrado resplandeciente, como una placa o un documento de identidad, al oficial que había detrás del mostrador.

—Quiero meter a estos tres en una celda ya —anunció.

El oficial, intimidado por la aparición de la tarjeta, dijo:

—¡Sí, señor! Por aquí, señor.

Los introdujeron en un cuarto diminuto con barrotes en la ventana y una mirilla en la puerta. Arman se quedó en el umbral, sin dejar de apuntarlos con la pistola.

—Debo reconocer que sois admirables —dijo con su nuevo tono de voz, rebotante de confianza—. Habéis atado todos los cabos en un tiempo récord. Pero no estaría bien que el resto de la galaxia se enterara de esto, ¿verdad?

—Para vosotros no, desde luego —replicó Crespo.

—Por lo que veo, ya has descubierto incluso que soy un agente secreto al servicio de los granjeros, ¿a que sí?

Crespo asintió con la cabeza.

Helen contuvo el aliento.

—¿Por qué no sospeché de ti? Mi poder debería haberme...

Arman sonrió.

—Sabías que estaba nervioso, ¿verdad?

—Sí, pero pensé que te atemorizaba el Planeta de los Gusanos... ¡Ay, qué tonta he sido! —La muchacha se golpeó la frente con el puño, exasperada.

—Poneos cómodos y procurad tener buen perder —dijo Arman antes de cerrar la puerta de la celda.

Helen miró a Crespo.

—¿Qué es lo que sabéis Arman y tú que Panza y yo ignoramos?

—Repasemos la información —repuso Crespo—. El planeta extrae energía de las estrellas..., o del sol cuando hay uno cerca, a través de las plantas. Estas convierten la luz solar en electricidad. La electricidad recorre el unylon hasta el centro del planeta, donde los tremendos cambios de peso que provoca desplazan el planeta. Sabía que la red de unylon debía servir para algo, pero ahora está claro: el unylon es un cerebro. El Planeta de los Gusanos está vivo. ¡El mundo entero es un gigantesco animal!

La comprensión iluminó las facciones de Helen.

—¿Por qué no? Puede pensar, puede moverse, se nutre de luz solar, se repara si sufre algún daño... Deduzco que ésa es la función de los gusanos, reparar cualquier desperfecto que se produzca en las secciones cerebrales.

—Sí, también eso encaja. Las orugas se controlan mediante pequeños movimientos de tierra justo bajo la superficie. Sí.

—A ver —terció Panza—, todo eso está muy bien, pero... —Acarició a Pegote, como si la criatura lo reconfortara—. ¿Qué pinta Arman en esta historia?

—Estoy seguro de que los granjeros ya han averiguado la verdad acerca del Planeta de los Gusanos. Ahora piensa un poquito. El planeta jamás podría obtener energía suficiente de las estrellas para mover estas inmensas masas de roca. Necesita la proximidad de algún sol. Cabe suponer que esté buscando uno en estos momentos. Me imagino que se dirigirá al más cercano. Eso sacará de su órbita a los demás planetas del sistema... y si un planeta se sale de su órbita, la destrucción de todos sus habitantes está prácticamente garantizada. Ya sabéis, los casquetes polares se derriten inundándolo todo, los incendios arrasan los cultivos, etcétera.

»En cuando el Gobierno descubra la verdad acerca del Planeta de los Gusanos, querrá hacerlo saltar por los aires. Al fin y al cabo deben anteponer las vidas humanas a todo lo demás. De modo que los granjeros intentan mantenerlo en secreto para obtener tanto unylon como les sea posible antes de que la verdad salga a la luz. Arman nos espiaba por orden de los granjeros para quitarnos de en medio en cuanto averiguáramos algo. Y nosotros nos pusimos directamente en sus manos —añadió Crespo con amargura.

En voz baja, Panza preguntó:

—¿Hay algo que podamos hacer ahora?

—Lo primero es salir de aquí.

—¿Y después?

—Después tenemos que hablar con el planeta.

8

TODOS SE DESMORONA



Retumbó un sonido como el que produciría el estampido de un trueno, o el rodar de los camiones por una autopista. Crespo levantó la cabeza, y los demás lo imitaron. La bombilla que colgaba de un cable en el techo se mecía de un lado al otro. Ante sus atónitas miradas, una larga grieta se extendió por la escayola.

—¡Debajo de la cama! —exclamó Crespo.

Los tres se zambulleron bajo la cama individual con armazón de hierro que había contra una pared. El estruendo sonaba cada vez más cerca.

—¡Un terremoto! —jadeó Panza, acariciando a Pegote.

El suelo corcoveaba y se encabritaba. Una lluvia de fragmentos de escayola y piedra cayó sobre la cama y el suelo a su alrededor. El ruido se volvió ensordecedor. Se oyeron gritos procedentes de otra parte del edificio, y las voces de un hombre que se desgañitaba. Helen se tapó las orejas con las manos y apretó con fuerza los párpados, aterrada.

Parecía que no fuera a terminar nunca. De improviso, se hizo el silencio. Helen abrió los ojos.

—¿Estáis bien? —susurró.

—Más o menos —respondió Panza.

—Sí —dijo Crespo—. ¡Mirad!

Helen siguió la dirección en la que apuntaba su dedo y vio la calle. La pared de la celda presentaba un enorme boquete.

Salieron atropelladamente de debajo de la cama, se abrieron paso entre los cascotes que sembraban el suelo de la celda y cruzaron el agujero a rastras. Dedicaron un momento a mirar a su alrededor para orientarse y, sin pronunciar palabra, empezaron a correr por la carretera que conducía fuera de la ciudad.

El terremoto no debía de haber sido demasiado intenso, eso saltaba a la vista. Algunos de los edificios de madera se habían derrumbado, pero las estructuras de piedra y ladrillo permanecían en pie a pesar de los desperfectos sufridos. Se habían roto todas las ventanas, incluido el gran escaparate de la cafetería en la que habían probado el caldo de gusano.

La confusión impidió que alguien los molestara. La gente estaba ayudando a los heridos, inspeccionando los daños y buscando cadáveres entre los escombros. No obstante, el primer pensamiento de Arman probablemente sería echar un vistazo a los prisioneros, de modo que no tenían tiempo que perder.

Llegaron al hipertransporte, ubicado en un páramo detrás del último edificio de la ciudad, y se apresuraron a montar en él. Crespo se puso directamente a los mandos. El paisaje se desdibujó en el exterior, y emprendieron la marcha.

Crespo volvió a decantarse por avanzar a pequeños saltitos.

—Busco un macizo de vegetación sensible a la luz —musitó.

—¿Hablabas en serio —preguntó Helen— cuando dijiste que querías hablar con

el planeta?

—Sí —fue la sucinta respuesta de su hermano, concentrado en los controles.

—Pero ¿qué idioma piensas usar?

—El código morse. Sí. Ese mismo.

Detuvo el hipertransporte y miró a su alrededor. Se encontraban en un campo cubierto de vegetación. Un rebaño de gusanos pastaba plácidamente a un par de kilómetros de distancia. En lo alto, las nubes emitían un resplandor tenue pero constante.

—Ayudadme a enrollar la alfombra —dijo Crespo.

Estupefactos, Helen y Panza se arrodillaron en el suelo y alzaron los bordes de la moqueta gris. Conforme la enrollaban, levantaban los muebles y volvían a depositarlos en el suelo transparente.

Crespo se dirigió al interruptor de la luz.

—Vamos allá —dijo. Apagó la luz un momento; volvió a encenderla tres veces en rápida sucesión.

No sucedió nada.

Volvió a probar.

Nada.

—Si el planeta poseyera realmente un cerebro, lo lógico sería que reconociera una pauta regular como ésta. Las luces del vehículo son bastante potentes, pero quizá no lo suficiente para que una mente tan vasta repare en ellas —dijo Crespo, decepcionado.

—¿Cómo sabremos que reconoce la señal? —preguntó Helen.

—¡Fijaos! —exclamó Crespo por toda respuesta. Los tres muchachos miraron al cielo.

Sobre sus cabezas, la luminosidad de las nubes se intensificó y atenuó tres veces seguidas.

—¿Lo veis? Podemos hablar con él. —Crespo encendió cuatro veces las luces del hipertransporte, y las nubes parpadearon cuatro veces a modo de respuesta—. Ahora debemos encontrar una lengua común.

—Encargaos vosotros —dijo Helen—. Yo estoy molida. —Se sentó en una silla, cerró los ojos y se quedó dormida.

La despertó el repiqueteo de la máquina de escribir del tío Grigorian. Helen miró el reloj y vio que se había pasado cinco horas durmiendo. Panza roncaba suavemente en otra silla a su lado.

Crespo estaba sentado en el escritorio, aporreando la máquina de escribir con dos dedos. Las luces del hipertransporte parpadeaban sin cesar. Una maraña de cables conectaba la máquina de escribir al archivador, al interruptor de la luz y a una de las

hojas con forma de plato del exterior.

—¿Qué narices estás haciendo? —refunfuñó Helen, adormilada.

Crespo parecía cansado pero exultante. Aunque se veía pálido y demacrado, sus ojos centellaban de entusiasmo.

—He programado el ordenador de ahí —dijo, señalando el archivador— para que traduzca en destellos lo que teclee.

»Cuando el planeta quiere responderme, hace que las nubes parpadeen. La hoja de ahí fuera captura los destellos que emiten las nubes y los redirige al ordenador, y este teclea las palabras en la máquina.

—¿Qué has averiguado?

—El planeta agoniza. Debemos salvarlo.

Panza se despertó en ese momento.

—Escuchadme bien los dos —dijo Crespo—. Acerté al suponer que el planeta busca un sol. Se muere de hambre. Sus reservas de energía se agotan. Pero cuando llegaron los granjeros y obligaron a los gusanos a tejer en hileras ordenadas, para el planeta fue como una droga. Su cerebro se aletargó. El parpadeo de las luces que produjo surtió el mismo efecto que un despertador. El planeta volvió en sí. Tenemos que informar al gobierno.

—Pero ¿no habías dicho que el Gobierno iba a volar el planeta? —preguntó Panza.

—He hecho un trato con el planeta —dijo Crespo—. Permitirá que los granjeros exploten ciertas partes de su superficie y produzcan una cantidad limitada de unylon. A cambio, le he prometido que el gobierno galáctico buscará un sol sin planetas habitados en su sistema.

»De ese modo los granjeros estarán contentos y el planeta también. Incluso los fabricantes de unylon de los otros mundos se darán por satisfechos, porque la producción extraída del Planeta de los Gusanos no será exagerada. El unylon se emplea para elaborar montones de cosas: ropa, máquinas, etcétera. Seguirán obteniendo beneficios.

—Eso es estupendo —dijo Helen.

—Pero me parece que ya es demasiado tarde —observó Panza—. Fijaos en eso.

Al otro lado del campo, a unos cinco kilómetros de distancia, se divisaba una columna de coches eléctricos que avanzaban hacia ellos. Ante sus ojos, uno de los vehículos emitió de pronto un destello cegador, y la vegetación que mediaba entre los coches y el hipertransporte quedó arrasada.

—¡Los granjeros nos están atacando! —exclamó Crespo.

—¡Activa el hipersalto, deprisa! —imploró Panza.

—No puedo hacerlo. He reprogramado el ordenador. Tardaría una eternidad en volver a configurarlo.

La máquina de escribir empezó a repiquetear. Los niños corrieron a ver qué decía. Leyeron:

QUÉ HA SIDO ESO

Tras pensárselo un momento, Crespo escribió:

estoy siendo atacado

—Todavía no hemos llegado a los acentos y a los signos de puntuación —explicó. La máquina de escribir volvió a tablear.

QUIÉN ATACA
granjeros de unylon
PUEDES LUCHAR CONTRA
LOS GRANJEROS DE UNYLON
no

La máquina de escribir enmudeció. Los coches eléctricos dispararon de nuevo; esa vez la vegetación arrasada estaba más cerca.

—¿Qué están haciendo los gusanos? —preguntó Panza.

Todos miraron. El rebaño de gusanos, que con tanta placidez se dedicaba a pastar hacía unos instantes, había empezado a moverse. Las grandes bestias deambularon pesadamente de aquí para allá, en apariencia desconcertadas, durante unos minutos. Al cabo, los niños se dieron cuenta de que estaban formando una línea.

Los monstruos avanzaban bamboleándose hacia los granjeros.

Entonces los disparos se dirigieron contra los gusanos, pero aunque varios de ellos dieron en el blanco, las bestias ni se inmutaron.

Algunos de los coches eléctricos se detuvieron; después, uno por uno, todos lo hicieron.

El gusano que encabezaba el asalto llegó a uno de los vehículos. A lo lejos, los niños vieron como sus inmensas fauces se abrían de par en par. La criatura se tragó el coche entero y reanudó su avance.

Los demás vehículos dieron media vuelta y huyeron.

—¡Caracoles! —exclamó Crespo.

Otro hipertransporte apareció de repente junto al suyo. De él bajó el tío Grigorian. Helen corrió hasta él y se abrazó a su cuello.

—Gracias a Dios que has venido. —La muchacha empezó a llorar.

—Ea, ea —dijo el tío Grigorian—. No ha sido fácil dar con vosotros, os lo aseguro. ¡Por la galaxia, ¿qué os traíais entre manos?!

Regresaron a la habitación enmoquetada de rojo con cuadros en las paredes. Tras comer algo, bañarse, dormir toda la noche y volver a comer, todos se sentían como nuevos. Helen ya ni se acordaba del caldo de gusano.

—Me alegra decir —les estaba contando Swen Harliss— que los granjeros y Productores de Unylon han aceptado el acuerdo negociado por Crespo. Un equipo de científicos se ha hecho cargo del ingenioso sistema de comunicación improvisado en el hipertransporte, y en estos momentos están hablando con el planeta. Esperan aprender muchas cosas de él.

»Mientras tanto, nuestros astrónomos han descubierto el sol adecuado para que el Planeta de los Gusanos orbite a su alrededor. —Indicó la carta estelar que había encima de la mesa—. Se encuentra aquí, en el Sector Pármico. Se puede llegar a él sin que el Planeta de los Gusanos se acerque peligrosamente a ningún otro sistema solar. Tiene ya dos planetas, pero ninguno de ellos posee atmósfera, y menos aún rastro de vida. Habéis cumplido con vuestro cometido, y a las mil maravillas, además. Y ahora, ¿qué os gustaría hacer?

Los muchachos se miraron entre sí, primero, y después al tío Grigorian. Panza habló en nombre de todos:

—¿Podemos volver a casa?

Amanecía cuando regresaron a la granja, y la señora Rhys les preparó un desayuno pantagruélico, como de costumbre.



KEN FOLLETT. Escritor galés nacido en Cardiff el 5 de junio de 1949, es uno de los autores más vendidos y conocidos en los últimos 20 años. Fue criado en Londres, sus padres, cristianos devotos, le prohibieron ir al cine y ver la televisión, debido a lo cual desarrolló un temprano interés por la lectura. En 1967 ingresó en la University College of London, donde estudió filosofía y se implicó en movimientos de izquierdas. Se casó con su primera esposa, Mary, en 1968.

Tras licenciarse trabajó tanto en Gales como en Londres, en medios como el *Evening News*. Fue en esta época cuando comenzó a escribir la que sería su primera novela, *El ojo de la aguja* (1978), libro que resultaría todo un éxito a nivel internacional permitiéndole dedicarse por completo a su carrera literaria. La carrera literaria de Follett ha pasado por distintas fases.

La primera, y más distinguida fase comprende *La isla de las tormentas* y los cinco libros (cuatro libros de ficción y otro de no ficción) que le siguieron. Todas eran variaciones del suspense de espionaje clásico, dos agentes audaces y con recursos contra un enemigo numeroso y bien equipado.

La segunda fase de la carrera de Follett fue una salida consciente de la primera: una serie de cuatro novelas históricas escritas en los finales de la década de los 80 y principios de los 90. *Los pilares de la Tierra*, la primera de las cuatro, impuso el patrón a las tres que le siguieron. En oposición con las primeras obras de suspense de Follett, figuró un gran reparto, múltiples líneas argumentales, ocasionales explosiones

de violencia, y un uso extensivo del trasfondo histórico.

La tercera etapa comenzó a finales de los 90, con un par de libros situados firmemente en el presente y usando la alta tecnología como mecanismo argumental. *En la boca del dragón* se enfocaba en el uso potencial de terremotos como arma terrorista, y *El tercer gemelo* en los aspectos más oscuros de la biotecnología. Las dos novelas (aparentemente un intento de minar la misma vena de ficción que Michael Crichton) fueron relativamente poco exitosas. La crítica, así como muchos de sus lectores, encontraron superficiales a los personajes y el esfuerzo por suspender la incredulidad demasiado grande.

A menos que se produzca otro cambio radical en su producción literaria, la reputación de Follett probablemente descansará en sus primeras obras de suspense (especialmente en *La isla de las tormentas* y *La clave está en Rebeca*) y en *Los pilares de la Tierra*, que él mismo ha reconocido como su mejor trabajo hasta ahora.